Jana V. Moreno
SOPLARÉ Y SOPLARÉ
Retelling erótico de "Los tres cerditos".

Soplaré y soplaré.

Jana V.Moreno

Copyright 2024. Jana V. Moreno.

Nombre de la obra: Soplaré y soplaré.

Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Jana V.Moreno

Maquetación: Jana V.Moreno

Edición: 19 de noviembre del 2024.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular de los derechos de autor. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Prólogo:
Capítulo 1.
Capítulo 2.
Capítulo 3.
Capítulo 4.
Capítulo 5.
Capítulo 6.
Capítulo 7.
Capítulo 8.
Capítulo 9.
Capítulo 10.
Capítulo 11.
Capítulo 12.
Epílogo.
Sobre el autor

“Para las lectoras de Dark romance que aman los hombres desquiciados, no hay otro más desquiciado que este. Disfrutadlo y perded la cordura.”

Advertencia de contenido.

Este cuento es altamente Spicy, con fetiches y escenas tabú explícitas. Abstenerse la gente que no guste de historias de moral gris y de puro entretenimiento. La autora no se hace responsable de romper infancias. Por favor, no romantices al Lobo Feroz.

Prólogo:

Quica.

Estoy emocionada. El abrazo de mis padres antes de partir de casa me hizo llorar, pero mucho más cuando mi abuela me entregó el collar con la cruz que tanto adora. Me deseó una próspera independencia y, con ayuda de Dios, sé que lo voy a conseguir.

Sonrío mirando por la ventana del coche, mientras mis dos amigas cantan. Sostengo la cruz católica que cuelga de mi cuello y la beso, todo saldrá genial.

Mala observa el móvil mientras conduce, los bardos son su vida. Fuera de las redes sociales es más antisocial que un hámster dentro de su jaula, pero tiene complejo de salvadora.

Se echa el pelo negro hacia atrás para ver mejor la carretera y me lanza el teléfono.

—El mundo cada día está peor, me declaro antisistema —dice.

—¿No has pensado que, si parece que todo el mundo está en contra de ti, es porque algo mal estás haciendo?

Me mira como si fuera a matarme. Mejor me callo, Maya no tarda en interrumpirme para defenderla.

—A penas has salido de casa, Quica. Nosotras sí sabemos de la vida que hay fuera de cuatro paredes repletas de posters de BTS —me ataca Maya.

Termino sin decir palabra y observo como las gotas de agua empiezan a caer sobre el parabrisas del vehículo.

La emisora de radio cambia su trasmisión habitual. Avisan sobre un asesino serial que últimamente enloquece las cadenas televisivas y trae a los policías envueltos en un juego sin fin de pistas y muertes, sin resultado.

Lo llaman “El lobo”. Un apodo extraño a mi parecer, pero que tiene sentido, pues en cada escenario del crimen, deja una hoja de un famoso cuento llamado “Los tres cerditos”. Por qué lo hace y qué lo motiva, es algo que no sabe nadie.

—Tenemos que cubrir nuestras espaldas ahora que vamos a vivir juntas —comenta Mala—. No me gusta nada cómo se está poniendo el tema con ese asesino.

—Solo ataca a mujeres jóvenes, pero yo me preparé. —Maya saca un spray de pimienta del bolso—. ¡Tachan!

—Dudo que eso disuadiera a alguien con sed de sangre —digo en voz baja—. Por todos los Doramas que vi, aprendí que esa clase de gente siempre consigue lo que quiere.

El silencio se instala en el interior del vehículo y por un momento un estremecimiento sube por mi columna vertebral. Vuelvo a sostener el rosario de mi abuela. El clima ayuda a que el miedo no se disipe.

Llegamos a la finca donde nos van a alquilar el piso. La última vez, vinimos con la señora de la inmobiliaria, pero hoy el dueño nos hará entrega de las llaves. Observamos con ansiedad a toda la gente que pasa por la acera, creyendo que podría ser nuestro casero, pero simplemente, no aparece.

—Vaya impuntualidad —se queja Mala.

—Quizá lo asesinó El lobo —mi voz sale como un susurro. Trago saliva. Ambas empiezan a

reír a carcajadas.

—Por favor, ¿quieres que cantemos para que se te quite el miedo? —Mala suelta la maleta y sigue el ritmo de su cántico con los dedos—. ¡Quién teme al lobo feroz, al lobo, al lobo, quién teme al lobo feroz?!

Un silbido que sigue la entonación del cántico, a nuestras espaldas, nos hace brincar del susto. La puerta está a medio abrir. El cristal tintado de negro impide que lo veamos por completo hasta que abre el portal.

Es un chico de unos treinta años. Trae el pelo alborotado, pero se lo acomoda a un lado con nuestra presencia. Sus ojos castaños se encuentran un poco cerrados. Como si estuviera más relajado de lo normal. En su nariz se observa un piercing a juego con los dos que decoran su labio inferior. Viste ropa de deporte, pero de marca. Se acomoda las mangas de la sudadera y deja ver los músculos de sus brazos.

Estoy impresionada, es extremadamente atractivo.

—¿Vais a alquilar el quinto C? —pregunta. Su voz suena como si fuera a cámara lenta. Las tres asentimos a la vez—. Bien, soy vuestro casero.

Extiende la mano con las llaves, pero no reaccionamos.

Capítulo 1.

Mala.

El casero parece amable, pero tiene un aura siniestra que no acabo de comprender. Nos ayuda con las maletas y su fuerza me sorprende. Observo a mis amigas por un segundo. Maya recoge su cabellera afro con nerviosismo mientras que, Quica, permanece con los ojos abiertos como un búho.

No soy la única que siente el ambiente enrarecido.

Llegamos al piso, ninguna tuvo el valor de arrebatarle las llaves, así que él abre la puerta y las deja colgando de ésta.

Deja caer las maletas al suelo con agresividad. Impotente veo como la rueda de la mía sale despedida hacia un costado. La rompió, pero tampoco me dan los pulmones para decirle algo.

—Ya habéis visto la casa, ¿no? —pregunta.

—Sí —le respondo—. Vinimos con la inmobiliaria y nos la mostró.

—Bien. Que tengan buena estadía este mes.

—¿Solo este mes? —se percata Quica de ese detalle—. ¿No se podrá renovar el contrato?

Los ojos castaños de nuestro casero se centran en la joven y audaz rubia que le ha hecho una pregunta, a su parecer incómoda. Lo muestra por un pequeño gesto de molestia en su rostro.

—Sí, se puede renovar —responde después de una larga e incómoda pausa.

—Ah, que bien.

A pesar de la sonrisa amable de Quica, él no cambia su expresión.

—Si necesitan algo, si rompen algo —hace la voz mas elevada para lo segundo—. Me encuentran en frente.

—No vamos a romper nada —contesto. Espera, ¿en frente?

Arrastra los pies con demasiada tranquilidad y sale el rellano. Abre la puerta de la casa de enfrente y al entrar, cierra de un portazo.

—¡Joder! —grita Maya—. ¡Que mal rollo de tío!

—Yo necesito una bolsa, ¡necesito una bolsa! —Quica corre por la casa hasta que se hace con una bolsa de plástico y empieza a respirar en ella para calmar la ansiedad.

Cierro la puerta, me quedo con las llaves y las observo.

—Vamos a tranquilizarnos, solo es un chico peculiar. Pero, mirad, nos ayudó con las maletas.

—Sí —el sarcasmo de Maya se nota cuando observa las maletas rotas en el suelo.

—¡Vámonos! —chilla Quica—. Ese hombre da miedo, no quiero salir en el telediario.

—Quica y, ¿dónde vamos? Nos gastamos todos los ahorros en este piso —expongo. Las dos suspiran y miran al suelo—. Aunque pudiéramos volver a casa de nuestros padres, ¿no acordamos ser mujeres fuertes e independientes luego de terminar la universidad?

—A mí aún me queda una semana por estudiar —se excusa Quica—. Tengo que recuperar unas materias, así que, puedo volver a casa de mis padres.

Me cruzo de brazos y la regaño con un fruncimiento de ceño. Ella lo comprende y aprieta los labios entre sí.

—Seguro que es un chico encantador, las apariencias muchas veces engañan.

—Y otras tantas no —me contradice Maya—. Pero, ojalá tengas razón.

Después del shock, nos ponemos a ordenar nuestras cosas. Cada una tiene una habitación diferente, por lo que será cómodo compartir piso. Llega la noche y seguimos organizando las cosas. La tormenta que había sigue su curso y solo escuchamos los truenos y las gotas de lluvia contra los cristales de las ventanas.

Quica da unos golpecitos a la puerta de mi habitación cuando estoy fija en una de las gotas que se resbala por el cristal.

—He tenido una idea —dice cuando la miro—. Le haré un delicioso bizcocho de chocolate al casero, seguro que así se relaja.

—Seguro, están muy buenos.

Sonríe feliz por mi halago y sale animada hacia la cocina.

Aprovecho su descuido para llegar a la habitación de Maya. Cierro la puerta tras de mí.

—Fíjate, encontré unas fotos de cuando éramos más pequeñas —comenta—. Estábamos…

No la dejo continuar. Sujeto su nuca y la acerco. Nuestras bocas conectan y el beso en el que nos fundimos es húmedo, intenso, absorbente. Ambas jadeamos cuando los labios se separan levemente y nos observamos a los ojos.

—¿Estás loca? Quica nos puede ver —susurra.

—En algún momento pasará, viviendo juntas.

—Sabes que ella es muy creyente y que esto no lo verá correcto. —Me encojo de hombros como respuesta—. Mala…

—Es nuestra amiga, lo cavará por entender.

—Eso o se sentirá desplazada.

—No creo. —Mi nariz y ceño se arrugan—. ¿No?

—¿Cómo te sentirías tú si fueras la única virgen del grupo?

—Bueno, nosotras no hemos probado un hombre —levanto el dedo índice—. Todavía. Quedamos con hacer un trio, pero, ninguno es bueno para ti.

Finge pensar y se le escapa una risita.

—¿Qué me dices del casero? —suelta.

—Vamos, no me fastidies.

Nos empezamos a reír. La puerta se abre.

—¿Qué pasa? —pregunta Quica—. ¿De qué me perdí?

—Estábamos viendo unas fotos —miento, pero ella se lo cree.

Pedimos pizza para cenar. Después de organizar y limpiar, no nos quedan fuerzas.

Al abrirle la puerta al pizzero, mi mirada va directa hacia la puerta de madera que hay al frente. Me siento observada.

—¿Señorita? —me llama el chico. Reacciono—. Aquí tiene el cambio.

—Sí, perdona —Dejo la mano y me da las monedas—. Buenas noches.

Se despide. Cierro la puerta con rapidez.

—¿Qué te pasa? —pregunta Maya desde el sofá—. Estás pálida de repente.

—Estoy un poco paranoica, no hay más.

Después de cenar y ver un rato la tele, Quica se queda dormida en el sofá. Maya y yo nos observamos de reojo y sonreímos con las mismas intenciones. Tapo a Quica con una manta y nos

cogemos de la mano.

Nuestras prisas llegan hasta mi habitación donde nuestras bocas vuelven a pegarse y esta vez, las lenguas también se visitan.

Con desespero nos desvestimos y mi lengua resbala por su cuello hasta los pechos. Sus pezones se yerguen al contacto con mi lengua. Chupo, absorbo y la escucho gemir en voz baja. No podemos ser escandalosas viviendo aquí.

Sujeta mis hombros y me empuja contra la cama. Me muerdo el labio inferior cuando la veo sonreír satisfecha. Golpea mis muslos y abro las piernas. Lame los labios vaginales. Me encorvo en la cama y dejo escapar un gritito que se pierde por la habitación.

Su lengua juguetona llega a mi clítoris donde juega perfectamente y sus dedos se introducen inspeccionando mi interior. Encontrando todos mis puntos sensibles.

—¡Ah! —doy un quejido y ladeo la cabeza. Muerdo levemente el cojín—. No me tortures mucho, se supone que eres mi amiga. No puedo gritar.

—Soy tu amiga y también la que te hace correr cada día desde que estábamos en el instituto, hoy no será diferente, preciosa. Contente para no gritar.

La oscuridad de la habitación la ampara para que no la observe. Solo puedo divisar siluetas cuando los rayos iluminan el cielo.

Empuja un vibrador en mi orificio y lo prende. Gimoteo. Ella se coloca otro y me da el mando. Subo las revoluciones. Me muerde el muslo para no gritar y se agacha, para empezar a absorber mi clítoris y no acabar despertando a la que duerme en el sofá.

Mis piernas tiemblan. Estoy empapada. Desliza un consolador junto al vibrador y mis carnes se abren. Enarco la espalda. Araño el colchón. El calor se extiende por mi vientre. Se tensa.

Estoy al borde del orgasmo. Lloro de puro placer.

—Para, por favor —le suplico—. Gritaré.

—¿Crees que me importa?

Mueve el consolador. Me contraigo.

Cae un rayo, la habitación se ilumina. Observo hacia la puerta, juraría que estaba cerrada antes de entrar. El orgasmo está a punto. Me percato de una silueta negra que observa desde la pequeña obertura que hay en la puerta.

—Espera, creo que Quica nos está viendo —le susurro para que se detenga.

—¿Qué excusa es esa?

—Lo digo enserio. —No se detiene. Enciende el movimiento del consolador.

—Si nuestra amiga está mirando, pues que mire.

Gira en mi interior, siento que me expande y los fluidos corren. El placer me ciega.

Sigo viendo a alguien en la puerta, pero necesito el orgasmo, lo necesito. Llevo las manos a mis pechos y los aprieto, los pellizco para provocarme lo que ansío. Mi cintura se mueve sin quererlo. Me arde el cuerpo. Subo la intensidad del vibrador de Maya al máximo y ella también gimotea.

Muerde mi clítoris. Doy saltitos de placer.

No puedo más.

Mi muslo es marcado por sus dientes cuando llega al clímax y yo no consigo estar callada.

—¡Ah! —tras el grito, observo hacia la puerta.

La silueta ya no está.

—¿Puedes dejar de mirar hacia allí? —regaña Maya.

—Había alguien.

—Nos hemos sugestionado con todo lo que vemos en la tele y oímos en la radio. —Se levanta. Sonrío al observar su figura desnuda. Cierra la puerta—. ¿Podemos follar sin creer que se nos va a unir un psicópata, por favor?

Asiento.

Esta mujer me encanta.

Capítulo 2.

Quica.

Un grito me despierta de golpe. Me veo sentada a oscuras en el sofá.

La tele sigue encendida. Están dando un programa de asesinatos. Crímenes imperfectos, se llama. En él relatan la muerte de una mujer que vivía sola en casa.

El grito ha de haber sido de ahí.

Siento un soplido en mi cuello. Volteo con rapidez, no veo a nadie. Me levanto cuando escucho un sonido en la cocina.

—¿Chicas? —Dejo a un lado la manta—. Chicas, esto no tiene gracia.

Corro hacia el interruptor. No va la luz. Lo muevo con desesperación.

—¡¿Por qué demonios no funcionas?!

Veo una sombra que pasa por detrás con el rabillo del ojo. Mi respiración está por las nubes y exhalo gemidos de terror. Llego hasta el sofá y con las manos temblorosas cojo el móvil. Enciendo la linterna.

Ilumino todo el salón.

—¡¿Quién anda ahí?! —El volumen de la televisión aumenta y observo como el mando que la controla, se desliza por el suelo desde la cocina, hasta mis pies—. ¡No vivo sola!

¿Dónde están las chicas? ¡¿Por qué no me escuchan?!

Mi teléfono suena. Es un número desconocido.

Estoy llorando, esto no me gusta. Trago y me pego a la pared. Descuelgo.

—¿Quién es?

—Había una vez, tres cerditos que se llamaban Tontín, Flojo y Trabajador —narra una voz gutural y masculina. Mi llanto aumenta—. Un día, decidieron vivir independientes de sus padres y construir su propia casa. O quizá alquilarla.

—¿Qué quieres de mí? —No puedo respirar con normalidad. Vuelvo a intentar encender la luz, no lo consigo. La ansiedad crece en mi pecho—. ¿Mataste a mis amigas?

Escucho unos golpes en la puerta. Doy un brinco.

—¡Basta!

—Cerdito, abre la puerta. Quiero entrar.

—¡No! ¡Vete, déjanos!

—Entonces, soplaré y soplaré… —hace una pausa—. Espera, no. Puedo hacerlo mucho mejor.

Escucho el rechinar de la puerta de la entrada. La llamada se corta. Mi respiración también. Se abre lentamente.

Cuando un rayo ilumina la instancia lo veo. Vestido de negro y sujetando en lo alto un cuchillo de carnicero.

—¡Aaaaah! —grito con todas mis fuerzas. Mis piernas fallan y termino en el suelo, hecha una bolita. Tiemblo. No puedo contener las lágrimas. La puerta se cierra abruptamente, pero no quiero mirar hacia allí. Llega la maldita luz.

Gimoteo por pánico. Voy a morir, ¡Voy a morir!

—¡Quica! —grita Mala.

Levanto la mirada y observo a mis dos amigas envueltas con dos sábanas. Se agachan conmigo. Estoy completamente en shock.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Maya.

—¡¿Qué demonios estabais haciendo mientras casi me matan?! —chillo. Todavía no puedo controlar la respiración. Se miran entre sí y se quedan en silencio—. Y encima me ocultáis que tenéis una relación.

Me levanto del suelo. Me siento engañada y traicionada.

—Quica, cálmate —pide Mala—. ¿No será que estabas viendo ese programa en la televisión y lo soñaste?

—¡No! —Me doy la vuelta y la encaro—. ¡Y estoy harta de que siempre quieras tener la razón de todo! ¡No la tienes!

—Relájate —susurra Maya.

—¡Y tú cállate! —La señalo—. ¡Con razón siempre la has defendido!

Mi cuerpo respinga al escuchar como llaman a la puerta nuevamente. No me muevo, no puedo hacerlo. Mala suspira y va a abrir ella. Ambas se cubren mejor cuando ven al casero al otro lado de la puerta.

—¿Qué está pasando? Mañana tengo que madrugar —regaña. Viste de pijama y da un bostezo.

—Lo siento, es que mi amiga estaba viendo un programa y…

—¡Se acabó! —grito, interrumpiendo la explicación de Mala. Recojo mi teléfono—. Sigues queriendo tener la razón de todo, ¡me hartas!

Salgo de la casa y bajo apresurada las escaleras.

—¡¿Dónde vas?!

—¡Si me matan quizás me creas y puedas tener algo de culpa!

—Iré por ella, es peligroso salir de casa a estas horas —escucho al casero.

No necesito ningún canguro, joder.

—¡Oye! —grita el casero.

—¡No me sigas!

—¡¿Crees que es normal que vayamos en pijama, lloviendo en medio de la calle?! Vamos a terminar en comisaría y mi padre no estará orgulloso de eso.

Detengo mis pasos.

—¿Tu padre? —Asiente—. ¿Es policía?

—Sí, no sé si estará aquí o entro lugar. —Me quedo en silencio. Quizá podría ayudarme—. ¿Podemos volver a casa? Estamos empapados y nos va a dar una pulmonía.

—¿Podrías rastrear una llamada de un número oculto?

—No lo sé, nunca me vi en la necesidad de hacer tal cosa. —Miro al suelo—. ¿Qué pasó en realidad?

—Mi sentencia de muerte ya está escrita.

—¿Por qué dices eso?

—El lobo me contactó esta noche y estaba en casa, ¡te juro que lo vi!

—Te creo. —Me quedo con toda la explicación en la punta de la lengua. Es la primera vez en

muchos años que alguien atiende mis palabras y me cree—. Tus amigas están ciegas si no pueden ver el pánico en tus ojos.

Mis lágrimas se resbalan por mi rostro junto a las gotas de lluvia. Me muevo por impulso y lo abrazo, estallando a llorar. A él no le cuesta nada estrecharme y me cobija con sus brazos. Deja que me desahogue, aunque eso implica estar más tiempo bajo la tormenta.

Capítulo 3.

Quica.

Estoy harta de ser la amiga perfecta, esa a la que todo el mundo percibe como tonta. Esa que, nunca encajó, que nunca echó una cana al aire.

Esta noche, de alguna manera, romperé con eso.

Los brazos del casero aprietan demasiado mi cuerpo. Al punto que me provoca un jadeo innecesario al no poder respirar. Detengo las manos en su pecho y me alejo levemente.

—Me oprimes los pulmones. —Afloja los brazos. Sus ojos castaños y profundos se observan más oscuros en medio de la calle, de noche y bajo una tormenta. Las luces dejaron de funcionar debido a ésta—. ¿Volvemos a casa?

Mi pregunta no tiene respuesta. Saca la lengua y empieza a jugar con los dos aros que le rodean el labio inferior.

—Ese asesino alije presas demasiado atractivas.

Me arden las mejillas.

—¿Me ves atractiva?

—¿Cómo no hacerlo? Ni imaginas la adrenalina que sentí persiguiéndote hasta aquí. Ver tu silueta desde atrás, como un cervatillo asustado. Para que luego, dejes que te atrape. Empapada y en mis brazos. Me has enseñado otra manera de disfrute.

No sé cómo tomarlo. Trago saliva. ¿A qué se refirió con que le dio adrenalina perseguirme? No creo que eso sea algo normal.

—¿Volvemos a casa? —repito. Alejo mis manos de su pecho y las cierro en puño.

—Sí. —Da un suspiro largo—. Me olvidé de que estaba hablando con la amiga aburrida.

—¿Disculpa? —Camina lentamente en dirección hacia la casa—. ¡Oye, yo no soy aburrida!

—Ah, ¿no? Cuando abristeis la puerta, solo las otras dos estaban desnudas.

—¡Eso no tiene nada que ver!

—A ver que haga un recuento. —Se detiene—. Tus amigas no te cuentan su relación, no te creen, y ahora, vas a volver a casa, para ser la misma monja de siempre.

Mi ceño se frunce. En gran parte de lo que dijo, él no estaba presente.

—¿Cómo sabías que ellas me habían ocultado nada?

—Los tabiques son finos y tus berridos como cerdo en una carnicería me despertó. —Retoma el camino—. Vamos, seguro que estarán felices de que la monjita vuelva a casa.

—¡Que no soy una monja! —le grito a la cara y poniéndome de puntitas para que me escuche. Me irrita.

Arquea la espalda hacia al frente, para quedar a mi altura.

—Demuéstralo.

Tiene razón. Tengo que dejar de ser la amiga estúpida.

Rodeo su cuello y pego la boca a la suya. Lo escucho gruñir cuando nuestro beso se vuelve de algo simple, a uno mucho más salvaje y húmedo.

Muerdo el fierro de los decorados de su boca y tiro levemente. Jadeamos al compás antes de

que nuestras lenguas vuelvan a encontrarse y a enredarse una vez más. Me aprieta con las manos por la cintura. Me estremezco. Tiene muchísima fuerza y noto como afloja, porque si aprieta más terminará lastimándome.

Me eleva en sus brazos, pasando las manos por mi trasero. Envuelvo su cintura con mis piernas y empieza a caminar sin dejar de besarnos.

Llegamos a la finca. Dejó la puerta del rellano abierta para cuando regresáramos. Sube las escaleras con dificultad. Se sujeta por un momento de la barandilla, sin dejar de besarme.

—Cuidado —susurro en sus labios—. ¿Quieres que me baje?

—No, no pares de besarme.

Su voz gruesa me eleva a la más sucia fantasía. Vuelvo a besarlo y envuelvo los dedos por su nuca. Su pelo alocado y mojado pasa entre mis dedos y le doy un suave tirón. Da un gruñido que me encanta.

Llegamos al rellano y busca en su bolsillo las llaves de su casa. Intenta abrir la puerta, pero no lo consigue. Me siento ansiosa. Sujeto las llaves y abre yo.

Sigo en sus brazos cuando mis amigas abren la puerta y se quedan con la boca abierta sin dar crédito de lo que está pasando.

—¡Quica! —grita Mala.

Les levanto el dedo de en medio.

Él corta el beso por un momento. Las observa y empuja la puerta.

—Tranquilas, yo la cuidaré.

Les guiña un ojo y cierra la puerta a sus espaldas. No puedo evitar dar una risita malvada mientras lo beso. Me encantó ver las caras de estúpidas de esas dos.

Me deja con cuidado en el suelo y palpo la pared hasta que encuentro el interruptor.

La luz se enciende un momento. Me rodea con sus brazos por la cintura y empieza a bajar los besos por mi cuello. Gimoteo y aprieto las manos en su camisa. Llevo la mirada hacia el salón y mis pulmones se congelan. De la pared cuelgan un montón de armas. De pistolas, a escopetas, dagas, cuchillos, machetes y… ¿sogas?

Nota que estoy dispersa y observa hacia la dirección que llevan mis ojos.

—¿Te interesa? —Intento abrir la puerta, pero apoya el brazo contra ésta y me deja acorralada por su cuerpo. Elevo la mirada lentamente—. ¿De nuevo quieres escapar? ¿No te he dicho que eso me da demasiada satisfacción?

Mi respiración se entrecorta.

—Déjame ir.

—¿Estás segura de que quieres irte? —Rueda la llave de la puerta y la lanza por el salón—. Búscala.

Lo empujo y salgo corriendo a por las llaves. Escucho un suave suspiro. Le encanta verme asustada. Busco desesperada las llaves por el suelo. Él me observa y a paso lento, empieza a acercarse. Intento escabullirme, pero me sujeta con fuerza del brazo y con un tirón, apoya mi espalda contra la pared repleta de armas.

—¡Para!

—No grites —advierte. Estoy a punto de llorar del miedo. Mi cuerpo tiembla cuando siento que su agarre aminora—. Solo son armas colgadas de la pared, ¿vas a seguir virgen solo por eso?

—¿Cómo sabes que soy virgen?

—Se te nota. —Acaricia un poco por mi pecho. Mi piel se eriza. Doy un jadeo—. Esas armas no van a hacerte nada ahí colgadas.

—¿Seguirán colgadas durante toda la noche? —Atisbo una pequeña sonrisa, a pesar de que no suele mostrar expresiones.

—Seguirán colgadas.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque de haber querido matarte, era mejor hacerlo a oscuras y en la calle. Vamos a pensarlo, pequeña. —Acaricia mi cuello, habla a susurros—. No había testigos, todos duermen, no pasaba siquiera un coche para pedir ayuda. No había luz, estaba lloviendo a cántaros. Los gritos se hubieran enmascarado con sonidos de la tormenta. Había un callejón perfecto al frente. En éste, observé un contenedor verde, donde fácilmente podrían caber unas cinco personas. Quizá más, dependiendo de cómo las cortes. La forma más fácil para matarte y que no pudieras gritar en el proceso, sería romperte las costillas y que perforaran tus pulmones. Pero, aflojé los brazos.

—Me das miedo —expongo con un hilo de voz. Me acaricia las mejillas con ambas manos, limpiándome las lágrimas.

—Sí, pero fíjate. Te besé, te cargué en brazos, te regresé a casa, hay dos testigos que saben que estás conmigo. Vivo al frente. Tus gritos sí serían escuchados y, sabía que ibas a ver las armas. ¿No te demuestra eso que no voy a matarte? Además, admitámoslo. Te excita demasiado esta situación.

Nos quedamos en silencio. Estoy loca, completamente loca. Mi sentido de la supervivencia se fue de viaje y no va a regresar por un buen rato.

Ambos nos abalanzamos a la vez. El beso, intenso, húmedo, toco, me saca quejidos. Sus manos me recorren las costillas, Elevan mi camisa y levanto los brazos para que pueda desnudarme con facilidad.

Me da la vuelta y golpea mi pecho contra la pared. Recorre mi columna vertebral con sus manos y desata el sujetador. Lo dejo caer y me atrae hacia él, pasando los brazos desde atrás y apretando con fuerza mis pechos.

Doy un gritito, gimo cuando juega con ellos y mis pezones se yerguen con cada pellizco. Es la primera vez que me tocan. Echo la cabeza hacia atrás, gimiendo.

—Mírame —Ladeo el rostro y lo observo, tal como me pide. Vuelve a besarme. Su lengua recorre mi boca. Me arden las mejillas y todo el cuerpo.

Parezco una muñeca entre sus brazos. Me da la vuelta y me carga. Aprieto su cabeza cuando empieza a lamer y absorber mis pechos con una voracidad única.

Me lleva a su habitación. Observo el interior de una habitación con decorados grises, incluyendo las paredes. Al menos no hay nada raro colgado.

Me deja caer en la cama. Arrodillado, frente a mí, se quita la camisa. Dios, no imaginaba que la ropa tapara un cuerpo tan jodidamente perfecto.

A excepción de una marca alargada en el bajo vientre, no tiene ni una sola magulladura. Solo los músculos lo moldean.

—Has intentado escapar muchas veces el día de hoy, así que te castigaré —asegura. Me siento impaciente. Se sienta en la cama y da un largo suspiro—. Espero que me hagas caso a partir de ahora.

—¿Qué quieres decir? —Mi mente da quiebros sin parar con este hombre.

Su mirada fiera me observa de reojo. Me da un estremecimiento. Me levanto a su lado. Tendría vergüenza de estar sin camisa frente a él, pero estoy demasiado excitada.

—Quítate la ropa que te queda y más te vale, que pueda verlo todo.

Estoy temblando, pero no de pánico, sino de deseo.

Sujeto el elástico del pantalón del pijama y lo bajo lentamente, para que le de tiempo a observar. Tras el pantalón, me quito las braguitas. Extiende la mano para que se las deje ahí. Lo hago.

Se lleva la tela al rostro e inhala con profundidad. Joder, este hombre no me puede mojar más.

—Abre aquel cajón. —Señala una de las mesillas de noche—. Allí habrá un lubricante efecto calor, póntelo frente a mí. Más te vale que pongas suficiente.

—¿Te gustan los juegos de someter y obedecer? —pregunto, con la voz entrecortada. Esto sigue siendo raro, pero ¿por qué me gusta tanto?

—Ambos —admite—. Y uno más.

—¿Cuál?

—Sé una buena chica y no preguntes.

Maldición, me excita.

Voy a la mesilla de noche y saco el lubricante. Vuelvo a colocarme frente a él y pongo una cantidad considerable en mi mano. Lanzo el bote en la cama y empiezo a pasar la mano entre mis piernas. Abro los labios de mi coño y lo lleno de ese lubricante. Pronto el calor se siente y me provoca jadear.

—Mete los dedos, que el calor se expanda también por dentro.

No lo debato. No puedo. Meto mis dedos y gimoteo. También es la primera vez que siento esto. No he tenido la necesidad de tocarme nunca. Jadeo, gimo. Aprieto la espalda contra la pared y elevo la cabeza. Cierro los ojos, dando pequeños gritos. Estoy abierta de piernas, de pie, frente a un extraño mientras me masturbo y obedezco sus indicaciones. Es una locura, ¡pero adoro esta locura!

Abro los ojos cuando lo escucho caminar. De uno de los cajones, saca esta vez un juguete redondo. Hago una mueca cuando me lo entrega.

—Es un vibrador —explica. Dibujo una “A” en mi boca. Se nota que no entiendo de nada de esto y eso me avergüenza—. Póntelo, el mando me lo quedo yo.

—¿Qué me lo ponga dónde? —Eleva las cejas, mira hacia abajo—. ¡Ah! Ya, sí, claro. No, solo bromeaba. ¡Bromeaba!

No dice nada, solo toma asiento.

Tomo una bocanada de aire cuando resbalo el juguete en la obertura de mi coño. Se desliza y doy un respingo. Mi himen cede antes de que me folle. Un poco de sangre se desliza entre mis piernas. Lo observo, en busca de alguna expresión que me haga sentir segura, pero no lo hace. Me observa con los ojos entreabiertos. Se ve tan pasivo agresivo como siempre.

—No me importa que se haya roto, te haré sangrar mucho más que eso.

De nuevo, no sé si es una amenaza, o si debería sentirme excitada.

Golpea su regazo.

—Acuéstate, hacia abajo. Que tu trasero se quede sobre mis piernas. El resto del castigo, ya

lo hago yo.

—Bien —acepto, con la voz temblorosa.

Estoy nerviosa. El cuerpo me tiembla mientras me coloco. Mi intimidad está lubricada, empapada, y no solo por la crema que me eché.

Sujeta el bote de lubricante y deja caer varios chorros en mis nalgas. Doy un respingo por el contraste frío. Mis manos se aprietan alrededor de la sabana y dejo salir el aire que mis pulmones acumulaban.

Sus manos acarician mi trasero para expandir el lubricante. Siento como las manos pasan por cada recoveco de mi parte trasera. Abre un poco mis nalgas y lo observo de reojo. Me mira con atención, cada orificio empapado. Se muerde el labio inferior, pero no llega a tocar ningún punto íntimo.

Esta es demasiada tensión para mí. Le quiero rogar que me toque.

Desliza las manos por mis muslos. Doy un quejido. De repente, da un pellizco. Salto. Lo miro de reojo. Él me observa del mismo modo. Otro más. Vuelvo a saltar.

—Si no aguantas el dolor, solo dímelo.

—¿El dolor?

—Esto es un castigo, ¿recuerdas?

Los pellizcos aumentan mientras sube por las piernas. Me estremezco. ¿Por qué? Debería de estar asustada. Gimo cada vez que aprieta mi piel. Me arde el rostro. Me estremezco y doy un jadeo. Me estoy mojando. Gruño cuando sus manos se detienen a centímetros de tocarme el coño, ¡mierda!

Sabe por donde tocar sin llegar a zonas íntimas.

Desliza sus manos por mi trasero. ¡Me azota!

—¡Ah! —doy un grito entre sorpresa y dolor. Me acaricia la nalga que azotó. Recobro el aliento un segundo, cuando ya siento el otro golpe—. ¡Ah, joder!

Con la mano con la que no me azota, acaricia y masajea la nalga que, por ahora, se libra del castigo. ¿Por qué estoy jadeando? Mi mente está haciendo cortocircuitos. No sé qué hacer, qué sentir.

—La fuerza que estoy usando es moderada, así que, relájate —pide.

¡Otro más! Gimo. Sin pensarlo elevo la cadera. Le expongo más el trasero. Aprieto con las manos el colchón y hundo el rostro en la sabana. Esto se siente demasiado bien.

—¿Por qué se siente así? —pregunto, entre jadeos.

—¿Cómo?

—Placentero.

—Así es como debes de sentirte. Yo no dije que fuera a torturarte. En ocasiones, también me gustan los castigos que implican el placer.

Aprieta más fuerte la nalga que se libra de los azotes. Me contraigo. Pellizca la zona enrojecida de la otra. Doy un quejido. Golpea de vuelta, esta vez, deja varios azotes seguidos. Uno tras otro, cada cual más y más fuerte. Aguanto la respiración, los gritos. El último azote es más fuerte.

—¡Ah! —No puedo contener el grito. Deja la mano sobre la nalga y aprieta. ¡Joder! —. ¡Más, por favor, más!

¿De verdad le acabo de rogar? ¡No puedo con la vergüenza! Escondo la cara en mi antebrazo.

Consigue que deje de pensar con una facilidad que me aturde.

El vibrador se acciona. Mi estómago se contrae y doy un pequeño salto. El placer aumenta y me recorre la columna vertebral, mientras sus azotes apremian la nalga que todavía no había tocado.

Mis ojos lloran y empapan mis mejillas. No puedo cerrar la boca, los jadeos involuntarios me lo impiden. Mi coño se siente empapado, abierto. Puedo sentir como varias gotas de mis fluidos vaginales se resbalan por mis piernas. Estoy al máximo. Nunca he sentido tal cosa. Sin pensar, llevo una mano a su pierna y le aprieto. Él me observa y mis ojos llorosos conectan con su mirada intensa, a la vez que falta de algún sentimiento remoto.

—Relájate, siéntelo todo —me pide—. Estás empapándome el pantalón, pero por esta vez, lo dejaré pasar.

Aumenta la velocidad del vibrador. Me azota el trasero con las dos manos. Doy un salto al frente y ahogo un quejido. Me acaricia antes de volver a darme otro azote intenso. Me muerdo un dedo para no gritar. Sin embargo, mi cintura se mueve sola y cuando la apremia con un pellizco suave cerca de mi entrepierna, no logro evitar gritar.

—¡Ah, sí!

—Si llegas al orgasmo, es mucho mejor. Estimula tu clítoris, quiero verlo.

¡¿Por qué le hago caso?!

Aprieta mis piernas y sube con las manos, tocando los fluidos que se resbalan desde mi intimidad. A medida que aprieta y toca aquello que está sacando de mi coño, mi mano hace el trabajo que él me ordenó. Mi piel se eriza. Lo observo de reojo. Mi cintura se mueve sin precio aviso. Busco el placer, el tacto de sus manos, el dolor que recorre mi piel y me hace delirar.

No sube las manos mas allá. Sus dedos aprietan justo alrededor de la obertura de mi coño, pero no me toca. ¡Basta!

Lo observo lloriqueando. Le suplico con solo la mirada que siga, pero él no se inmuta. Es como si estuviera jugando a encenderme.

Estoy a punto del orgasmo, es una sensación nueva, pero puedo comprenderlo por como llega el placer con tanta intensidad.

El vibrador se detiene y aleja las manos. Me siento abandonada. Llevo la mirada suplicante hacia él.

—Fue suficiente, te puedes vestir.

—¿Qué? —Este hombre juega con mi mente como le da la gana—. ¿Cómo que vestirme?

—Sí, eso pasa por querer huir de mí.

Me aparta. Estoy en trance.

—Espera…

—De todos modos, soy tu casero. Esto no está bien.

Recoge la camisa para ponérsela. ¡No, no!

Le sujeto del brazo y lo empujo a la cama. Cae de espaldas y me observa. A pesar de mi reacción, su expresión sigue sin dar rasgos de alguna simple mueca. Eleva las manos cuando le empiezo a desabrochar el pantalón con torpeza y lanza a un lado la camisa.

Descubro su enrome erección y ahogo un jadeo.

—Los condones están… —no lo dejo terminar de hablar. Me siento sobre él y con tanta lubricación, ni ser virgen es suficiente para que no entre de una sola estocada—. Ah, eres una

inconsciente…

—¡Cállate y fóllame de una maldita vez! —Debo admitirlo, estoy desesperada y estoy abandonando la dignidad por segundos.

—Vaya con la monjita —dice en voz baja, dejando que me mueva sobre él.

Capítulo 4.

Quica.

Estoy sudada.

A mitad de la noche nos dimos un baño, pero no dejamos de follar después. No sirvió de mucho que fregara cada centímetro de mi cuerpo. La habitación permanece a oscuras. Alargo la mano. No siento su cuerpo, pero escucho una música perturbadora desde el salón.

Me visto con su camisa y salgo con las piernas temblorosas. La luz de la cocina me duele en los ojos, por lo que los cubro con la mano un segundo para poder observar bien.

El casero escucha en audiolibro el cuento de Los tres cerditos, una forma extraña de levantarse. Me eriza la piel por completo cuando lo veo cortar un pedazo de pollo con una facilidad abrumadora.

Llevo la mirada hacia las armas de la pared. Falta un hueco, ¿un cuchillo? Creo que lo es. Anoche no negó que fuera él quien quiso matarme en casa y el de la llamada. ¿Y si me acosté con mi propio asesino? ¿Por qué no podía pensar en eso anoche? Recuerdo los centímetros que hay entre sus piernas y todo me encaja. Cualquiera puede pensar.

—¿Desayunas? —pregunta. Lo miro de reojo—. Si te preguntas por el arma que falta en la pared, le estaba sacando brillo. Me gusta que las cosas que colecciono tengan buen aspecto.

—¿Solo coleccionas armas?

—Y mujeres.

Lo observo con plenitud. Está serio cuando da esa afirmación. Se me forma un nudo en la garganta. Pausa el cuento que suena desde su móvil y apoya las dos manos en el banco de la cocina. Está desnudo, pero no le importa en lo absoluto que lo vea. Con su físico envidiable es normal que no tenga complejos.

—Entonces, ¿entro en tu colección?

—Desde luego, como una de las más hermosas.

Me arden las mejillas y siento un cosquilleo en el bajo vientre. Debería irme, pero no sin antes saber la verdad. El cuchillo que antes decoraba la pared está demasiado cerca de su mano. Con un movimiento rápido lo tomo y elevo, hasta que el filo roza el cuello de mi casero. Él se queda estático, aun cuando el filo es tan cortante que podría herirlo con facilidad.

—Anoche, ¿fuiste tú?

—¿Quién te desvirgó? Sí.

—Sabes muy bien a lo que me refiero.

—Te gusta el peligro, así que jugué contigo. Muchas mujeres tienen la fantasía de follar con un asesino. —Camina lentamente hacia mí—. Pensar qué os puede hacer. Qué puede estar pensando o tramando con vuestro cuerpo mientras os abre las piernas. Saber si le excitaría haceros sangre. Dejé que soltaras los tabús y olvidaras lo correcto. Porque follar con un asesino de mujeres, no es correcto. Yo te di esa puta fantasía, y ahora, me amenazas.

Mueve rápido la mano y me sujeta la muñeca. Mis huesos crujen y el dolor me ensordece. Suelto el cuchillo y lo escucho saltar por el suelo. Ahogo un grito en su mano cuando me cubre

la boca y apoya mi espalda contra su cuerpo desnudo.

Ahogo un grito. Mi cuerpo tiembla, pero mis piernas ceden cuando acaricia con una mano mis muslos y se adentra entre ellas.

Roza mi clítoris y me abre los labios vaginales. La humedad de mi coño sigue presente por la noche larga de brutales arremetidas. Siento el ardor en mi interior cuando introduce tres dedos en mí y aprieta.

Suelta mi boca y gimoteo.

—Ah, no has respondido a mi pregunta.

—Más que una pregunta, es una acusación —Se agacha y sujeta el cuchillo. Roza con el filo mi cuello y se agacha. Siento su aliento en mi piel. Roza con la nariz mi oreja—. Desde aquí veo como tu cuello bombea. Sé perfectamente donde está la vena que conseguiría un desangramiento inevitable. Pero estás viva y te estoy dando placer.

Roza el clítoris con el dedo gordo y siento su erección en mi trasero. Eleva la camisa mientras me masturba y su polla se desliza por mis nalgas. Abre mi interior y se clava en mí con fuerza.

—¡Oh, Dios!

—Si Dios te amparara ya te habría sacado de esta casa —susurra en mi oído—. Así que solo suplícame a mí, que tenga misericordia de tu cuerpo.

—¿Y si no quiero que la tengas?

—No tienes idea de lo que te conviene.

El filo me corta, suficiente para sangrar, pero no para cortar más allá de la piel. La sangre se resbala, siento la humedad, pero el calor de su lengua ampara la herida y lame. Deja caer el cuchillo una vez más y me sujeta del pelo. Estira. ¡Joder, como me está poniendo!

—Te llevaré a comisaría —susurra—. Dijiste que El lobo te había llamado y mi padre es policía. ¿Esa sería una buena forma de demostrar mi inocencia?

—Podría ser.

—¿Dejarías de mojarte tanto si compruebas que no soy el asesino?

—También podría ser.

Estampa sus labios contra los míos. Su lengua es agresiva, igual como los movimientos de sus labios. Sus dedos arremeten dentro de mí y su poya se agranda al interior de mi trasero. El chapoteo con sus dedos junto al sonido de los besos vuelve el salón en una especie de peli porno.

La cocina está abierta al salón por lo que apoya mis manos en la barra. Me aprieta el rostro contra el frío mármol y me sujeta de la nuca, para que no me mueva.

La forma en la que mueve los dedos me abre y me arremete con una fuerza impresionante. Rasca mis paredes vaginales y mis fluidos le empapan. Toca perfectamente la zona erógena del interior de mi coño y, con precisión, mi ano se expande por las arremetidas.

No imaginé que el interior de mi ano podía tener partes erógenas, hasta que su polla me las está sacando todas y cada una de ellas. Gimo. Muerde mi espalda.

Mierda. Me corro y grito, pero no se detiene. Toca más profundo en mi interior y estimula el clítoris con la otra mano. Estoy llorando, desesperada. Mi cuerpo tiembla, mis piernas tiritan. No puedo contener la ansiedad y el placer.

Sollozando, el squirt moja el suelo y parte de la cocina.

Aprovecha para arremeterme por delante con su polla mientras me encuentro en pleno orgasmo.

—¡Ah, maldición! —Me muerdo el brazo, sollozando—. ¡Más, más!

—Eres tan confiada —susurra, con la voz gruesa. Acaricia con una mano el contorno de mi columna vertebral—. Ni siquiera sabes como me llamo y estás dejando que te folle como una presa inocente y vulnerable. Estás siendo tan mía que no importa cuánto me corra en tu interior, seguirás pidiéndome más.

—¡Ni se te ocurra parar!

—¿Qué pasa si paro?

Se detiene.

¡No! Me muevo de adelante a atrás. Lo escucho jadear. Detiene las dos manos en mis nalgas y las recompensa con varias caricias. Me estoy follando sola con su miembro. Muerdo mi labio inferior. Mi cintura se mueve en círculos y lo golpea con precisión. Mis pechos se apresan contra el mármol frío y se yerguen.

Su polla bombea, lo escucho gruñir. He hecho justo lo que él deseaba.

—Joder, monjita. Podría quedarme contigo sin tener que colgarte de la pared.

Me estremece escucharlo. ¡Soy una maldita masoquista!

—Suenas como un cínico, ¡ah!

—Y tu coño abrazó más mi polla cuando me escuchaste. —Azota mi trasero con las dos manos. Gruño. Los fluidos se resbalan por mis piernas—. Estoy pensando todas las formas en las que podría incluirte en mi colección de manera que pudieras seguir dándome placer.

El orgasmo me llega junto al de él. Gruñe y yo grito. No puedo evitarlo. Me calla apresando mis pechos con fuerza y mordiéndome el labio inferior. Pega mi espalda contra su cuerpo e introduce la lengua en mi boca. No hay mejor forma de callar mis gritos. Es candente, incluso para exigir silencio.

El timbre de la casa suena y ambos suspiramos a la vez. Se mantiene en mi interior por unos segundos para terminar de llenarme y cuando sale, el torrente de fluidos se desliza por mis piernas hasta llegar al suelo.

Mis piernas tiemblan y necesito apoyarme de la pared para mantenerme de pie.

Él abre la puerta, sin siquiera cubrirse, con el miembro erecto y goteando. Me queda con la boca entreabierta. Al otro extremo de la puerta, Mala hace la misma expresión que yo y con los ojos saltones baja hacia su erecto miembro. Traga saliva y se fuerza para llevar la mirada hacia su rostro.

—¿Podría salir Quica un momento? —pregunta.

—Estamos ocupados.

—Tu habitación da a la mía, no me habéis dejado dormir en toda la noche.

—¡Te jodes! —le grito desde mi posición. Me observa y bufa. Por suerte la camisa me cubre lo suficiente para que no me vea desnuda—. ¡Anoche casi me matan y ni siquiera me creíste!

—Quica, por favor, hablemos…

—No hay nada de lo que hablar —me detengo al lado de mi casero, el cual permanece impasible ante la discusión—. Ahora, si me disculpas, tengo cosas mejores con las que ocupar mi boca, que el hablar contigo.

Mala se queda con la boca abierta. Me arrodillo, recojo mi pelo y le sonrío. Cierro la puerta en sus narices antes de llevarme el miembro del casero a la boca.

Jadea.

—Joder, como me acabas de poner.

Lo saco un momento y chupo la punta.

—Y no pienso parar hasta que me llenes de leche la cara.

La vuelvo a introducir hasta la garganta. Escucharlo gemir es una gozada.

—No tardaré mucho —advierte y lo cumple.

Su miembro está tan sensible que con varios movimientos más, me llena la boca y salpica en mi rostro. Trago y le chupo la polla hasta que deja de correrse. Como él dijo, paso de lo correcto, solo quiero disfrutar.

Después de una ducha relajante, al fin nuestros cuerpos saben lo que es estar cubiertos por ropa. Aunque el mío se vista con la ropa de ayer. Él se encargó de lavarla y secarla antes de darme un respiro.

—Dame el móvil —dice, se detiene frente a mí. No comprendo para qué. Él suspira y deja la mano abierta frente a mi rostro—. Te dije que iríamos a la policía, ¿no?

—¿Lo vas a cumplir? —Asiente con la cabeza. Mis sospechas porque sea El lobo se están disipando con estas actitudes. Quizá solo sea un chico raro y punto.

Salimos de la casa y la puerta de enfrente se abre con rapidez. Mala se detiene frente a mí, no puedo hacer más que suspirar.

—¿Dónde vas con él? —pregunta. No puedo evitar fruncir el ceño.

—A la policía, al menos él sí me cree.

—Te acompañamos. —Mira al casero con recelo—. Sí te creo, anoche estaba un poco en shock. No queremos que vayas sola.

—Si anoche el asesino hubiera querido matarme, hoy estaría saliendo en los periódicos, pero no. Vosotras estabais más ocupadas viendo qué escondía la otra entre las piernas.

Mala suspira. Veo que Maya se asoma un momento, está escuchando, pero no se atreve a interceder.

—Perdónanos, ¿vale? No volverá a pasar. Deja que te acompañemos.

Emano un suspiro de resignación y asiento. Ambas sonríen, Maya asomando solo la cabeza desde la puerta. Me abrazan con fuerza y dan un chillido de felicidad.

—Vale, ya está, ya está. Pero no vuelvan a ocultarme nada y créanme cuando diga algo.

—¡Sí! —dicen las dos a coro.

Cuando elevo la mirada, él nos está observando. Está serio, como perdido en pensamientos. Sin embargo, sus ojos castaños brillan con una intensidad extraña. Puedo observar como sus dedos se cierran y aprieta en la palma de las manos.

No sé cómo expresar la sensación que me causa, pero el sentimiento más cercano a lo que me hace sentir es, miedo.

Capítulo 5.

Mala.

No me gusta nada nuestro casero. Ni siquiera se ha presentado como es debido con nosotras y ya se ha estado revolcando con la única inocente de la casa.

No puedo evitar mirarlo con desconfianza, tiene un aura extraña que me pone el pelo de punta.

Me odié toda la noche por no creer a Quica, pero siempre fue muy fantasiosa, así que creí que había sido un mal sueño. La orillamos a estar con este hombre tenebroso. Al parecer ella no se da cuenta de las vibras que posee. Su mirada es fría, penetrante.

Conduce como un animal y no puedo dejar de fijarme en que no hace ni una sola mueca en el rostro. Parece como si se moviera a cámara lenta.

No tiene expresiones, no sonríe.

Da repelús.

Y estamos las tres en su coche.

Está claro que, de estar en una película de terror, ya nos hubieran descuartizado.

Llegamos a la policía. Aparca en la acera de enfrente. Bueno, es un punto a favor que se muestre frente a la policía, creo.

Abre la puerta del copiloto y le extiende la mano a Quica con unos modales propios de un caballero. Ella parece encantada, a mí me da rabia el simple hecho de que roce su mano. Sigue inquietándome.

Entramos a comisaría. Uno de los policías nos atiende, pero nuestro casero se adelanta a hablar antes que Quica.

—Quisiera hablar con mi padre —expone.

—¿Con tu padre? —pregunta el oficial—. ¿Trabaja aquí?

—Sí.

—Dime su nombre. —Toma asiento para teclear las credenciales.

—Es el agente Garret, Jorge Garret. Soy Ethan Garret, su hijo.

Apunto mentalmente su nombre, pues es la primera vez que lo dice en voz alta. Como casero deja mucho que desear respecto a las presentaciones.

—Vaya, el hijo del agente Garret. —Al oficial no le hace falta teclear—. Nos habló mucho de ti. En este momento se encuentra fuera, trabajando en un caso en la ciudad. ¿Lo buscabas por algo urgente?

—Una de mis inquilinas está siendo acosada por El lobo.

Lo dice claro, sin rodeos. El policía cambia la sonrisa por un rostro de total seriedad. Pide las pruebas y Quica le deja el móvil. Mientras le cuenta la historia, el hombre llama a refuerzos. Se nota que es un tema demasiado serio.

—Pondremos vigilancia en la calle para que no ocurra nada —comenta el policía—. Nos quedaremos el teléfono, puede que podamos encontrar algo. Una dirección de IP que nos pueda llevar al asesino. Por el momento, intenta no salir de casa y mantente en compañía. Te tendremos

vigilada para atraparlo y evitar que te lastime.

Volvemos al coche. Detrás de nosotros arranca un coche patrulla con varios agentes. Nos siguen hasta la casa y suben al rellano.

Ethan se despide de Quica con un movimiento leve de la mano y se mete en su casa. Algo demasiado frío para ser la mujer con la que amaneció. Me provoca una ira interna incalculable, aunque a Quica no parece importarle.

Nos metemos a la casa. Estamos en silencio durante toda la cena. Es incómodo saber que tras la puerta hay policías vigilando.

—Iré a dormir temprano, estoy agotada —comenta Quica.

—Normal —respondo—. Te hemos estado escuchando toda la noche.

No replica, solo sonríe y se marcha a dormir. Maya me observa en silencio y cuando Quica cierra la puerta de la habitación, espero su sermón.

—Pareciera que estás enamorada de ella. ¿Por qué tantos celos solo porque se haya acostado con el casero?

—Ese tal Ethan no es de confiar.

—No importa, es la vida de Quica, no tienes derecho para decidir con quién se acuesta. A no ser, que tú quisieras ser la primera en hacerlo.

No sé lo que me pasa hoy que todo me irrita. Me levanto de la silla y recojo los cubiertos de la cena.

—Tengo suficiente por hoy, vete a dormir.

Mi exigencia le hace torcer el gesto. Se levanta con un enojo visible y se va a su habitación.

Necesito una ducha relajante.

Chateo con varios amigos de la universidad por WhatsApp y me pongo una música relajante de piano, sonando desde el teléfono. Lo dejo sobre la pica y me quito la ropa. Observo mi cuerpo desnudo un momento.

¿Qué tiene el casero que yo no tenga para que Quica se haya fijado en él?

Ni siquiera sé por qué estoy planteándome esto. Está claro, no soy un hombre.

Suspiro y me meto a la ducha. Cierro la mampara y enciendo el agua.

El calor se desliza por mi piel y elevo el rostro. Cierro los ojos. Dejo que me empape y me acaricie como un masaje íntimo y profundo.

Al abrir los ojos, observo algo negro en la esquina del techo. Pequeño, pero visible. Me quito el agua del rostro. ¿Qué es? Parece un pedazo de plástico.

Me pongo de puntitas para alcanzarlo.

La música de mi móvil cambia. Mi cuerpo se detiene y se tensa. La canción de los tres cerditos suena por todo el baño. Apago el agua.

De reojo, observo una sombra a través de la mampara del baño. No puede ser, hay policías vigilándonos. Cierro los ojos un segundo y la figura oscura desaparece.

Abro la mampara del baño con rapidez y me envuelvo una toalla. No hay nadie. El vapor del agua me ciega mientras la canción infantil suena desde mi móvil.

Miro el móvil. Observo los cerditos de dibujos que se mueven alegres en la pantalla.

Cuando elevo la mirada, una pregunta escrita en la escarcha del espejo me pregunta:

¿Quién teme al lobo feroz?

Doy un paso atrás. Mi espalda toca la pared. Si esto es una broma no tiene la menor gracia.

La canción se interrumpe. Una llamada desconocida me eleva la respiración.

No debo descolgar. Cuelgo, pero insiste. Me tiemblan las manos.

Deslizo el botón verde y lo acerco a mi oído.

La canción suena a través de la llamada.

—¡¿Quién eres?! ¡¿Esto no es divertido?! —Mi grito no detiene la canción que suena desde mi teléfono—. ¡Detente, loco de mierda!

Abro la puerta. La luz del baño y el pasillo se apaga. Los plomos saltaron en el peor momento. Iba a cortar la llamada cuando escucho una pregunta de una voz varonil y gruesa.

—¿Quién teme al lobo feroz? —pregunta a través de la llamada.

—¡Yo no! —lo reto—. ¡Sal de donde estés, hijo de puta!

Corro, iluminada por las luces de la calle hasta la cocina. Sujeto un cuchillo de los grandes y lo elevo.

—¿Quién teme al lobo feroz? —vuelve a preguntar.

—¡Basta, desquiciado!

La música de los tres cerditos vuelve a la llamada. El pánico me hace llorar. Llego hasta la puerta de salida de la casa. Está cerrada. Tan trabajada que ni con golpes consigo abrir.

—¡Mierda! —¡¿Dónde están los policías?!—. ¡Agentes, auxilio! —golpeo la puerta con los puños—. ¡Auxilio!

Un golpe en mi espalda me quita la respiración. El encapuchado me da la vuelta y con fuerza, aprieta mi cuello contra la puerta. Intento hablar, respirar, llamar por ayuda, pero no lo consigo. Elevo la mano con el cuchillo y con un movimiento rápido le rasgo por las costillas.

Me suelta. Lo escucho gruñir. Acompañada por quejidos de pánico, caigo al suelo y me arrastro. Consigo levantarme, las piernas me tiemblan. Aporreo la puerta de Quica y Maya.

—¡Chicas, ayuda! —Las escucho al otro extremo.

—¡¿Mala?! —grita Quica, pero la puerta está trabada.

—¡¿Qué está pasando?! —Maya también intenta abrir, pero no es posible.

La luz del pasillo empieza a parpadear. Lo observo entre la oscuridad y la luz, al otro extremo del pasillo. Niego con la cabeza. Empiezo a caminar de espaldas, hasta que choco con la pared. No puedo escapar, no tengo cómo hacerlo.

Levanto la mano con el cuchillo. Él no detiene sus pasos.

No queda espacio que nos separe. Sujeta mi mano cuando intento defenderme. Me cruje los huesos y me quita el cuchillo.

—¿Quién teme al lobo feroz? —pregunta otra vez.

Estoy llorando de pánico.

—Yo —susurro.

—Más alto.

—¡Yo, yo temo al lobo feroz! —Clava el cuchillo en mi estómago. Lo saca y lo vuelve a clavar.

Lo deja caer cuando mis rodillas fallan y la sangre me cubre.

Con la visión borrosa, observo como quita unos seguros de las puertas de las habitaciones. ¿Cómo sabía que estaban ahí? Se pierde en la oscuridad de la casa.

Maya y Quica salen corriendo de sus habitaciones y se agachan a mi lado. La luz se recompone. Mi móvil sigue sonando con la canción de los tres cerditos.

Ambas son llamadas por el mismo sujeto a la vez, de alguna forma que no comprendemos. Al descolgar, suena esa maldita canción.

Capítulo 6.

Maya.

La sangre se extiende por el rellano.

Los dos policías que nos cuidaban están muertos y los agentes que guardaban la calle, no vieron absolutamente nada. Tampoco escucharon los gritos de ayuda de sus compañeros.

Varias gotas de sangre caen de la camilla donde se llevan a Mala. Ha perdido el conocimiento y están intentando mantenerla con vida. El personal de emergencias me exige salir de la ambulancia.

El tiempo pasa lento para mí, no dejo de suplicar por su vida. Quica me abraza para que los deje ir y puedan curar a Mala. La abrazo mientras lloro. Un llanto que no puedo controlar.

—No he podido evitar escuchar las sirenas de los coches patrulla y la ambulancia —nos interrumpe nuestro casero. Lo observamos. Parece confundido.

—Es Mala, fue atacada por El lobo, está muy grave —le cuenta Quica—. Se la llevaron con la ambulancia. No pudimos ir ninguna de las dos con ella.

—Puedo llevaros —se ofrece—. Me siento responsable de vosotras, al fin y al cabo, estáis aquí porque yo os alquilé el piso.

—Disculpen —interrumpe la charla un policía—. ¿Quién es el dueño del piso?

—Yo —responde Ethan.

—¿Puede acompañarnos a comisaría? Es extraño que desde que las chicas se mudaron, tengan visitas de ese asesino.

—¿Me está acusando sin pruebas?

—No, pero necesitamos hablar con usted.

—Cuando tenga las pruebas, me interrogarán. Por el momento, mi padre es policía y sé perfectamente mis derechos, así que, si no le importa, agente, iré a llevarlas con su amiga. Espero que tenga una buena noche.

Quica lo sigue sin problemas. Llega hasta su coche y sube en el asiento del copiloto. Las dudas me asaltan. Observo al policía, él también me mira, esperando saber si confío o no con mi casero.

Lo cierto es, que estoy demasiado confundida.

Mi móvil suena. Lo desbloqueo y observo un mensaje sin remitente.

“Eres el próximo cerdito” dice. Levanto la mirada con rapidez hacia Ethan. Él está al lado de Quica, no tiene el móvil en las manos. Ambos me observan esperando a que vaya.

—No es conveniente que las dos se muevan del domicilio —aconseja el policía.

—De todos modos, en nuestra casa también nos matan sin que hagan absolutamente nada —le ataco.

Me apresuro para llegar con Quica. Guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. No pienso decirles nada, quizá pueda hacer algo al respecto para que deje a Mala y Quica en paz. Darle lo que quiera, para que así ellas puedan vivir.

Mi seriedad es vista por Quica, quien pronto me dedica una suave sonrisa para reconfortarme,

sin saber cuál es la locura que voy a hacer en realidad.

—Tranquila, Mala saldrá de esta. Estoy segura.

Sonrío falsamente. Sé que sobrevivirán, porque haré lo posible para que las deje en paz.

Llegamos al hospital. La espera me lleva a desesperar. Salgo del hospital para que me de el aire y observo de vuelta el mensaje del asesino. No puedo evitar responder.

"Quiero que las dejes en paz.
Dime qué hago para conseguir que no las toques."
El mensaje es contestado demasiado pronto.

"Ve a tu casa la próxima noche, sola. Allí te diré lo que tienes que hacer.
Si no vas sola lo sabré y no me hará nada de gracia."

Respondo con un "Ok" mientras mi corazón se instala en mi garganta. Si no lo detengo, a este punto, siento que ni siquiera la policía podrá.

Quica se asoma. Me ve y muestra una sonrisa esperanzada. Mi mente se desbloquea y me apresuro para ir con ella. El doctor nos dice que Mala está estable. Ha pasado la operación y está recibiendo bien los medicamentos.

La felicidad me envuelve por completo. Se va a poner bien, sé que sí.

Ethan nos trae unos cafés. Le contamos la buena noticia y, aunque su rostro no cambia, nos felicita porque Mala vaya a estar mejor.

No sé exactamente la relación que tenga con Quica, pero no es nada cariñoso. Parece estar aquí solo por obligación, pero la agradezco la implicación y el que nos haya traído. Después de todo, no estaba obligado a hacerlo.

Por la emoción, no solo abrazo a Quica, también a él. Siento su fuerte agarre por la parte baja de la espalda.

Me estremezco. Su cercanía es abrumadora. Nuestras miradas se conectan por un momento y me quita el aliento. Me alejo con rapidez. Mi sexto sentido me dice, que no esté cerca de él nuevamente.

—Quica, ve a descansar —le pido—. Necesito que esta noche te quedes con Mala. Por el día haré guardia yo.

—Está bien, de paso avisaré a sus padres. Aunque sabiendo cómo son, no creo que dejen sus vacaciones para venir, a pesar de la gravedad del caso.

—Ethan —lo llamo. Miro de reojo los policías que vigilan el hospital desde que hemos llegado nosotras—. No te separes de Quica hasta que vengáis por la noche, ¿está bien?

Asiente.

El día pasa tranquilo.

Leo una revista en la habitación donde se encuentra Mala. Por un momento, la escucho quejarse. Abre lentamente los ojos. Lloro, pero esta vez de felicidad. Antes de que diga nada, la abrazo. Ella levanta las manos y me da unos toques en la espalda, sin tener mucha fuerza para elevarlos.

—Tuve mucho miedo de perderte —confieso.

—Estoy aquí, ¿ustedes están bien? —Asiento—. ¿Lo encontraron?

—No, la policía no consiguió ni una sola pista. Quica se fue a casa con Ethan, llamó a tus

padres, pero no descolgaron la llamada.

—¿Se fue con Ethan?

—Sí. —Se intenta sentar y se queja, llevando una mano a su estómago. La obligo a acostarse con la mano en su hombro—. Para, quieta. ¿Quieres que se te salten los puntos?

—No me fío de ese hombre.

—Mala, tus celos son notorios. ¿Por qué no me dices que también amas a Quica?

—Puedo aceptarte eso, pero no es el por qué de que él no me agrade. —Suspiro hondo. He de admitir que duele escuchar que hay alguien más a quién ella ama como a mí, pero es un alivio que me lo diga directamente. Mi mente es mucho más cruel que la realidad e imaginar escenarios en donde pueda engañarme con Quica, no me estaba dejando dormir por meses.

—Quica vendrá esta noche. Cuéntale cómo te sientes al respecto. La última vez que le escondimos algo terminó enfadándose y acostándose con el casero. No es buena idea ocultarle las cosas.

Toma mi mano y acaricia mis nudillos. Me da un suave tirón. Me inclino y nos besamos. Su lengua se siente más ardiente y necesitada que nunca.

—Lo herí —cuenta, cuando nuestras bocas se separan—. Herí al Lobo en las costillas. Saldré de dudas muy pronto.

—Heriste al hombre que ni la policía logra tocar, mi novia es una guerrera.

Se ríe, aunque con dolor por la reciente operación. Le sigo la risa. Pronto las pocas fuerzas que tiene se esfuman y acariciando mi mano, se queda dormida.

Cae la noche. Sentada en el sillón de la habitación, observo una y otra vez la conversación que tuve con el asesino. Tengo que hacerlo.

Mala sigue dormida cuando Quica y Ethan regresan. Hacemos el relevo. Los padres de Mala siguen sin dar señales de vida. Iba a pedir un taxi para regresar a casa, pero Ethan propone llevarme para así estar de guardia en su casa por si pasara algo.

Al final, quizá no sea tan mal chico.

Me mantengo en silencio en el coche. Él conduce con la mirada fija al frente.

—Oye, gracias por todo lo que estás haciendo por nosotras.

—Sois especiales para mí —confiesa—. No tienes que agradecer nada.

—Creí que solo Quica era especial para ti.

—Puedo obsesionarme de más de una persona a la vez, así que no tengas celos. Te deseo igual que a ella.

Trago saliva. De repente la propuesta de un trio con él y Mala no me parece tan mala idea.

—Pensé que lo de vosotros era amor —comento con un hilo de voz. He de admitir que, con tan pocas palabras, ya me agitó.

—Mi amor es enfermizo, así que sí. Lo es. Siento que son de mi propiedad desde que os di las llaves del piso.

—No creo que eso le haga mucha gracia a Mala.

—Por ahora —asegura—. Espero que pronto se recupere.

—Y yo.

Aunque no pueda verlo, espero de corazón que esté bien.

Llegamos a casa. Ethan se va a su piso y yo abro la puerta con temor, pero decidida a hacer lo acordado con El lobo.

Todo esta oscuro, no se escucha nada. Cierro la puerta.

—Rueda las llaves —me ordena. Ya está aquí. Trago saliva y sin darme la vuelta, cierro la puerta por dentro con las llaves—. Ahora, lánzalas al suelo. —Lo hago. Mi respiración se entrecorta—. Así me gusta. Vamos a tener una noche muy larga.

Capítulo 7.

Maya.

Escucho sus pasos. Sus botas negras crujen en el suelo. Miro de reojo hacia la oscuridad que solo se rompe con la luz de la ventana. Se detiene a mi espalda. Pasa sus dedos por mi pelo y lo aparta dejando una caricia en el cuello. Trago saliva mientras el corazón me advierte del peligro. No soy capaz de darme la vuelta.

—Te haré una sola pregunta y, si la respondes bien, tu noche será distinta a la que pasará tu novia en el hospital.

—Eres muy valiente como para hablarme con un dispositivo que distorsiona la voz —lo ataco —. Pero, si estoy aquí es para que dejes a Quica y Mala en paz.

—¿Por qué será que distorsiono mi voz?

—Has visto demasiado la película de Scream. ¿También te va lo de las llamaditas?

—Claro.

—Lo suponía. ¿Qué me vas a preguntar? ¿Cuál es mi película de terror favorita?

—¿Crees que soy igual a esos gilipollas que pillan en las películas?

Se me escapa una risita sarcástica.

—Lo sabremos al final del cuento.

Lo escucho reír. Miro sobre mi hombro. No le veo el rostro, lo cubre una capucha negra. Quisiera al menos poder saber quién coño es antes de morir.

—Allá va la pregunta, y creo que la vas a responder mal —asegura—. ¿Quién teme al lobo feroz?

Me quedo en silencio. Mis manos tiemblan a lo largo de mi cuerpo. Hacerme la valiente y mentir en este momento no creo que sea una buena idea.

—Yo —admito con un hilo de voz.

—¿Cómo? No lo escuché bien.

—Yo te temo, maldito cabrón de mierda.

Suspira. Su aliento repasa mi cuello. No sé por qué tarda tanto en matarme, si eso es lo que quiere.

—Para mi desgracia has respondido bien. —Clava un cuchillo en la puerta, al lado de mi rostro. Doy un salto cuando lo veo. Me lloran los ojos—. Lo había afilado expresamente para ti, que lástima. Pero, soy considerado. Sé cuando me ganan a un juego, y eso que todavía no hemos jugado a las escondidas. Tengo muchas ganas de eso.

Sujeta mis manos. Me siento como un conejo a punto de ser estrangulado cuando noto la fuerza de la soga tras mi espalda. Me ata sin cuidado. Las marcas en mis muñecas serán visibles cuando encuentren mi cadáver.

Desencaja el cuchillo de la puerta y sujeta mis manos. No deja que lo observe. Sigue estando a mi espalda. Me lleva hasta la mesa del comedor y con un movimiento tosco me acuesta en ella boca abajo. No le importan los decorados que caen al suelo ni lo mucho que duele un golpe así contra una mesa de madera.

Otra soga da vueltas por mis piernas y las ata extrañamente abiertas. Estoy completamente expuesta. Esto da una sensación muy rara.

Rompe la tela de la ropa con el cuchillo. Está tan filoso que no le cuesta nada. Trago saliva cuando descubre mi trasero y siento como las bragas se hacen trozos bajo los movimientos del arma.

Dios mío, me arden las mejillas.

—¿Alguna vez te ha follado un hombre?

Quisiera abofetearle por hacerme esa pregunta. Qué vergüenza.

—No.

—¿Has sentido curiosidad?

—Sí.

—¿Me das permiso para calmar esa curiosidad?

Lo observo ladeando levemente la cabeza. Observo su silueta. Me está viendo desnuda, abierta. Se deshizo de mi ropa como si fuera parte de mi piel. Permanece sin moverse. No comprendo por qué el terror se está convirtiendo en excitación en este momento.

—Si vas a matarme, mínimo dame placer —respondo con seguridad.

—¿Quieres morir mientras te follo?

—Espera a que llegue al orgasmo.

—Está bien, solo porque admitiste temerme.

Sus manos golpean mis nalgas y aprietan mi trasero con fuerza. Se agacha y da una lamida desde la obertura de mi coño hasta el trasero. Respingo. Mi intimidad bombea. Me estoy mojando tan fácil. Mierda, no quiero desear así a mi asesino. No sé qué es esto.

—¡Maldición! —grito. Mi desesperación me obliga a hacerlo.

—¿Qué ocurre?

—No quiero desearte.

—Es muy tarde para no quererlo, estás empapando la mesa.

Camina hasta detenerse al lado de la mesa. Con una venda, cubre mis ojos. Se asegura de que no vea absolutamente nada. Tensa mi mandíbula. Una especie de pelota se mete en mi boca y la ata atrás de mi cabeza. Una mordaza perfecta en la que incluso gemir es difícil.

—Así nos aseguramos de que no puedes verme ni gritar. Voy a anularte sensorialmente. Tendrás miedo, muchísimo, pero terminará convirtiéndose en placer. Tanto que querrás buscándome para que te de más.

No puedo responder, solo jadeo. Mis pezones se yerguen por escucharlo.

Me coloca unos auriculares con un volumen ensordecedor. Maldigo para mis adentros cuando lo que se escucha en ellos es la maldita canción de los tres cerditos que se repite sin cesar, ¿de verdad voy a sentir placer con esta canción de fondo?

Su lengua me recorre una vez más. Pasa por mi coño y tortura mi clítoris. Elevo el trasero. Lo hace brusco, al grano. La resbala por los labios vaginales y los absorbe. Juega con ellos. Siento como mueve el rostro y echa el aire en mi intimidad. Su lengua se desliza hacia mi trasero. Entre nalga y nalga se introduce. Me estremezco. Su lengua se clava en mi ano a la vez que uno de sus dedos me folla por delante.

Es un maldito pervertido.

Dos dedos, tres, cuatro. Grito para mis adentros. Mi espalda se arquea. Aprieto las manos en

puño y aprieto la soga. El placer es sofocante, el miedo lo acelera. Estoy tan empapada que puedo imaginar cómo suena cada movimiento por todo el salón.

Saca la lengua de mi trasero y mete un dedo, sin aviso, sin espera. Me contraigo levemente. Juraría que me está abriendo como nunca lo he estado. Me lloran los ojos y me arden las mejillas. La canción del cuento empieza a sonar afrodisiaca. Me estoy volviendo loca.

Elevo un poco el trasero para que me haga suya de mejor manera. Deja mordidas por mis nalgas, aprieta mi coño. Doy un salto cuando siento que toda su mano está en mi interior.

¿Es eso posible o estoy alucinando? Quizá por no poder ver, estoy sintiendo de más.

La mueve en mi interior. Golpea mis paredes. Araño la soga de mi espalda. Mi piel se eriza. Quiero gritar. Solo emanan de mí gruñidos y quejidos que no escucho por la música, pero sé que los estoy dando. El placer es demasiado sofocante.

Las ataduras de mis piernas se aflojan. Me da la vuelta sobre la mesa sin sacar la mano de mi interior. El movimiento circular me arquea.

La saliva se resbala desde mi mentón, hasta mi cuello. No puedo cerrar la boca. Aprieto con los dientes la pelota cuando la lengua de El lobo empieza a jugar en mi clítoris. Se asegura de que mis agujeros estén abiertos y tocados. Usa mis propios fluidos para abrirme por detrás con dos dedos. Empuja. Gimo. La mano que tiene en mi coño toca cada uno de los puntos que me dan placer. Su lengua es experta en sacarme orgasmos. Lo sé, porque acaba de empezar y ya me viene uno.

Lo dejo salir. Dejo que me arrebate un orgasmo así de fácil. Estoy sudando, mis piernas tiemblan. Saca la mano y empieza a lamer. Quiere probar de mis fluidos. Tenerlos por la cara. Sin descanso, roza y golpea mi clítoris con ritmo. Estoy llorando de placer. Siento mi coño ardiendo. No aguanto.

Elevo mi cadera y los chorros del squirt me mojan la barriga. Solo imaginar que su rostro se empapó con ellos, me da todavía más placer.

La bola que mis dientes apresa, se quita. Me apremia pegando los labios contra los míos. Lo beso con ganas. Su lengua sabe a lo más exquisito y prohibido que pueda existir. Gruño, gimo en su boca. Dejo escapar los primeros gritos cortos solo por el beso. Lame la saliva que cayó de mí por la desesperación. Jadeo mientras chupa mi cuello. Absorbe de más, deja marcas, puedo notarlo, pero estoy en un estado de desconcierto que no me importa.

La canción de los tres cerditos sigue sonando. La tarareo en voz baja antes de que vuelva a poseer mi boca. Siento que me folla la boca con su lengua, Dios santo.

Su dureza abre mis carnes. El primer hombre en hacerlo. Se siente grande, grueso. Grito. Su mano me cubre la boca y juega a taparme la nariz para que la asfixia me excite y, lo hace. Abrazo su cintura con las piernas y aprieto en mi interior.

Se clava hasta el fondo. Muerde mi clavícula. Este es un placer nuevo para mí, tan intenso que empiezo a lloriquear.

Cada embiste es más fuerte que el anterior. Noto sus venas desgarrándome por dentro. Su punta golpea el final de la cavidad de mi coño. La presión me contrae. Salto por los golpes interinos. A penas sale de mi interior. Con una mano aprieta mis pechos, los siento dando vueltas y saltando con cada una de sus estocadas.

El pezón sufre las consecuencias de esos movimientos cuando lo pellizca sin miramiento.

Retira uno de los auriculares. Está jadeando. Trago saliva al saber que lo está disfrutando

tanto como yo.

—Canta la canción mientras te lleno de semen —pide.

—¿Qué? —Gimoteo y busco su boca. Estoy perdida—. Vuelve a besarme, por favor. Me encanta cómo besas, como me follas.

—Cántala y lo haré.

Vuelve a ponerme el auricular. Bufo. Deseo demasiado que continue. Canto la canción que suena sin cesar en mi cabeza. Los movimientos de su pelvis se vuelven más bruscos y demandantes. Me está haciendo suya. Paro de cantar por el placer y un azote en uno de mis pechos me alerta de que no debo hacerlo.

Vuelvo a cantar, no me escucho, así que no sé si entono o no, lo que sé es que estoy gritando de puro placer a cada palabra que digo.

Noto como la mesa se mueve por la fuerza que está ejerciendo con la polla en mi interior. Gimoteo.

—¡¿Quién teme al lobo feroz?! Al lobo, al… —paro de cantar cuando el orgasmo me nubla los sentidos y el estallido es tal que mi pelvis convulsiona—. ¡Ah!

Quita uno de mis auriculares y azota levemente mi mejilla.

—Sigue cantando, maldita sea.

Ahogo el gemido y aprieto los dientes. Lloro y la saliva se escapa de la comisura de mi boca.

—¡Al lobo, al lobo! —sigo.

La canción me taladra la cabeza. Paro de cantar cuando vuelve a besarme. Cumple lo que dice. Mi coño le aprieta la polla cuando llega a mí un orgasmo más, pero, esta vez, siendo su líquido saliendo a presión en mi interior. Aprieto las piernas alrededor de su cintura. Muerde mi labio inferior mientras me llena.

—A tu novia le encantará saber lo mucho que me deseas. —Noto un corte por debajo de mi ombligo—. Marqué mi inicial en ti, para que no haya ninguna duda de quién fue el primer hombre que te folló.

Mis muñecas sienten alivio, pero yo no. Cuando me suelta, me quito el auricular que aun me falta y me aferro a su cuello.

—Llévame a la habitación, quiero estar sobre ti un rato, por favor.

—Ruega más.

—¡Por favor, Lobo! ¡Déjame follarme con tu polla, te lo suplico!

Sujeta mi cintura y me guía por la casa. Sigo a ciegas, lo que me provoca una sensación de sumisión que me empapa todavía más. Mientras camino, su semen se escurre entre mis piernas. Doy un jadeo, estoy ardiendo en deseo.

Noto la cama en mi rodilla. Desliza las manos por mis costillas para que sepa dónde se encuentra él. Me siento encima y apoyo las manos sobre su pecho mientras bajo. Se va clavando en mi interior. Él gruñe, yo gimoteo. Mis uñas lo arañan levemente en el pecho. Sujeta mis nalgas, las abre y las deja caer para que su miembro se quede más encajado en mi interior.

—Sigues muy duro —susurro. Muevo las caderas, siento como vuelve a abrirme las paredes internas.

—Llenarte una sola vez no es suficiente.

—¿Cuándo pretendes matarme?

—Más adelante. Esta noche solo pretendo follarte y ver cómo te follas tú con mi verga.

Es tan obscena su forma de hablar. Me encanta.

Temblando me muevo sobre él. Gimo. Es la primera vez que monto una verga sin ser de látex. La textura, la sensación, es diferente. Es muy placentero. Además, nunca probé una tan grande y gruesa, ni siquiera de mentira.

Salto sobre él. Estoy completamente ida en una vorágine de pasión, placer y locura. Mi sexo pide más de él. Mis paredes calientes y mojadas se mueven y lo atraen hacia el interior. No puedo detenerme.

Escucho como gruñe mientras me doy placer con su falo. Me aprieta los pechos y tira de mis pezones. Enarco la espalda. La cama suena junto a mis quejidos. Es la primera vez que me follo a alguien con esta ansiedad. Ni siquiera a mi novia he llegado a desearla tanto como a mi maldito asesino.

—¡Llénname de vuelta! —suplico.

Me tumba sobre la cama. Lame mi pierna hasta la rodilla. La muerde y pega la pierna a su pecho. La deja sobre su hombro y se hunde con fuerza dentro de mí. Gruño. Rodea con su boca mis pechos y muerde.

—Así que quieres mi semen dentro tuya, ¿eh?

—¡Sí! —me sostengo por su cuello y me muevo a su ritmo—. Dame, no pares, ¡no pares!

—Prepárate, porque vas a llorar de puro placer.

Con unos dedos me roza el clítoris y empieza a fregarlo con habilidad. Con los otros, me abre el ano y lo analiza hasta encontrar puntos en los que ni siquiera sabía que se podía encontrar placer. Sus mordiscos me dan dolor y gusto a la vez en mis pezones. Siento sus jadeos. Su aire caliente envolverme los pechos.

Su pelvis se mueve interna, ruda. Cada golpe me eleva levemente de la cama y entonces, empieza a vibrar en mi interior. Un movimiento rápido, constante, corto con el miembro abriendo mis carnes sin detenerse. Araño su espalda. Grito largo sin poder contenerme. Echo la cabeza hacia atrás. Las lágrimas empapan la venda y parte de mis mejillas.

—¡Ah, Lobo!

—¿Me sigues temiendo?

—¡Sí, pero también te deseo!

—Así me gusta.

Siente mis orgasmos en la polla. Una, dos, tres veces seguidas. No le importa, sigue sin parar. Tiemblo del placer. No puedo soportarlo. Uno más y estallo en otro squirt. Estoy sofocada, envuelta en llantos. Noto como me llena y me estremezco. Me da otro orgasmo. He perdido la cuenta de las veces que me ha hecho correr en un momento.

Cuando deja en mi interior hasta la ultima gota, se aleja y gruño como reclamo.

—No abras los ojos —exige.

Obedezco. Me quita la venda y me quedo quieta sobre la cama, temblando, abierta y llena de su leche. Sus pasos llegan hasta la puerta de la habitación. Me contengo para no abrir los ojos y correr hacia él para que vuelva a hacérmelo. Podría volverme adicta a esto.

—¿Nos dejarás en paz? —pregunto. Lo escucho bufar.

—No.

—Pero, tú me dijiste…

—Yo no te dije que os ibais a librar de mí. Quise demostrarte, que, si jugáis bien al juego,

puedo diluir la línea del terror y mostraros el mayor placer de vuestra vida. Morir con un orgasmo me parece una forma muy poética de hacerlo.

—¿Quieres follarnos?

—Quiero mataros, pero disfrutaros mientras aún respiréis. Diles que puedo destrozarlas con placer, como acabo de hacer contigo. Solo deben ser buenas cerditas y dejarse comer por el lobo feroz. Es una oferta que ninguna de mis anteriores victimas tuvo. Piénsenlo.

—Entonces, ¿no saco nada a cambio de lo de hoy?

—Placer, seguir con vida y que os deje tranquilas hasta que tu novia se recupere.

Escucho la puerta cerrarse.

Abro los ojos. La oscuridad de la habitación no es suficiente para cegarme, todo se observa gracias a las luces de la calle. Me siento lentamente en la cama. Miro la inicial L que ha dejado grabada con el cuchillo en mi barriga. Mi coño aún bombea y soy consciente de cómo salen mis fluidos junto a los suyos empapando la sabana.

¿Cómo les plantearé a las chicas el hecho de que deben de dejarse dar placer por él para alargar su vida?

No creo que estén igual de locas que yo.

Capítulo 8.

Mala.

Creí no poder ver la luz de un nuevo día, pero lo hago desde la ventana del hospital. Lo agradezco. Quica se durmió en el sillón para las visitas. No puedo evitar sonreír. Ella y Maya son lo más parecido que tengo a una familia.

La puerta de la habitación se abre. Arrugo la nariz cuando veo al casero de pie frente a mi cama. Me saluda con una mano. Es inquietante que siga sin formar ninguna expresión en el rostro por mucho que lo mire.

Observo de reojo como va junto a Quica y le acaricia el rostro. Frunzo el ceño. Esas actitudes con ellas me crispan los nervios.

El loco apoya las dos manos en los reposabrazos del sillón y cuando Quica abre los ojos le planta un beso que recibe y aprovecha para abrazarlo por el cuello.

Vomitivo. Me acabo de despertar y ya estoy asqueada.

—He pensado en ti —le susurra él.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pensaste?

—Me di cuenta de que nadie gime como tú.

—¿Eso significa que has probado otros sonidos?

—Puede ser.

Quica le da un pequeño golpecito tras la cabeza. Se muerde el labio inferior y como el rollo malote le va tanto, lo vuelve a besar. Por Dios.

—¿Pueden ir a un hotel o a casa? Es incómodo —regaño.

—Ay, Mala. Ni enferma puedes mejorar la actitud —responde Quica.

—Es que no me apetece ver *Pornhub* estando ingresada.

—Es solo un beso.

—Y una conversación altamente subida de tono. ¿Están saliendo?

Quica no responde, pero él asiente con la cabeza y lo corrobora con la voz.

—Sí. —Quica se queda con la boca abierta. Lo observa un momento. Ni siquiera ella era consciente de ese dato—. Nunca tuve novia, pero ella es perfecta. Falta que El Lobo no la mate. Haré lo posible para que no lo haga.

—Que romántico —suspira Quica.

—Sí, romantiquísimo.

Quica entorna los ojos y se deleita de vuelta con la boca de ese hombre sombrío. Cuando aparto la mirada de ambos, me percato de que Maya está en silencio, apoyada de la pared. Se acaricia un brazo y mira al suelo. Me mira un segundo, antes de llevar la mirada al suelo una vez más. Algo no va bien.

—Maya, ¿qué pasa? —Alargo el brazo hacia ella y me toma la mano. Se recuesta a mi lado y apoya la cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo—. Hueles a hombre, ¿qué champú usaste?

Se sienta de golpe en la cama y luego se levanta. Está tan inquieta que incluso lleva la atención de Quica y del casero.

—Tengo que hablar con vosotras —dice al fin Maya—. Anoche vi al asesino.

Me siento de golpe y siento un dolor punzante en el estómago. Gruño para mis adentros.

—¡¿Te hizo algo?! —grito.

Quica corre al lado de Maya y la revisa, pero cuando le va a observar el cuello me percato de una rojez extraña. Maya le aparta la mano a Quica y me mira de reojo.

—Estoy bien, solo que, llegué a un acuerdo con él.

—¿Un acuerdo? —pregunta Quica—. Un asesino necesita matar, Maya. No se le puede dar lo que quiere porque es nuestra vida, así que no creo que hayas llegado a ningún acuerdo con él.

Mi mirada va directamente hacia el vecino y casero. Se sentó en el sillón y observa la situación con una tranquilidad abrumadora. Lleva sus ojos cafés hacia mi dirección. Ambos mantenemos la mirada con total seriedad.

—No puedo hablar del acuerdo habiendo alguien más aquí —sentencia Maya.

Ethan se levanta, pero lo detengo con un grito.

—Tú ¡quieto ahí! —Le señalo el sillón y menguo la agresividad en mis palabras—. Se supone que eres novio de Quica, así que necesitas tener todos los datos respecto a esto.

—Es verdad —admite la ingenua de Quica—. De todos modos, luego se lo tendría que contar.

Se vuelve a sentar.

—El asesino me dijo que no hay forma de salvar nuestras vidas, pero sí de alargarlas. Al menos si jugamos bien a su juego —cuenta Maya.

—¿Qué clase de juego? —pregunto.

—Es una especie de cuento de los tres cerditos, pero para mayores de edad. Él es el lobo feroz, nosotras debemos complacerle. Dijo que puede destrozarnos con placer, ser bueno en ese sentido. Al menos hasta que quiera matarnos.

—Pero ¿qué locura es esa? —se horroriza Quica.

—¿Te acostaste con él? —pregunto sin filtro.

Quica la mira con la boca abierta. Maya asiente y vuelve la mirada al suelo.

—¿Cómo es? —pregunta Quica—. ¿Le viste el rostro?

—No, no vi nada. Me cubrió los ojos. Me dijo que nos dejaría tranquilas hasta que Mala se recuperara y saliera del hospital. Creí que el hacerlo nos libraría por completo, pero al menos sirvió para poder hablar con él y saber sus intenciones.

—¿Dónde estabas tú? —interrogo a Ethan. Me mira con una tranquilidad que me crispan los nervios.

—En mi casa.

—Lo vi entrar en su casa antes de entrar a la nuestra y cerré la puerta con llave —expone Maya—. Él no es, cálmate.

—Ya.

—El caso es que, no vi nada, me ató con sogas, me cubrió los ojos y llevaba un cuchillo brillante. Lo sé porque lo clavó en la puerta de la casa.

Quica lo observa un momento. Parece que se esté mordiendo la lengua sobre algo. Llevo la mirada de vuelta hacia su novio.

—¿Qué opinas de todo esto, Ethan?

—Opino que, seguirle el juego a un loco, es de locos.

—Es que, te veo muy tranquilo.

—No puedo mandar con quien quiera acostarse Quica, no soy posesivo. Al menos, no en ese sentido.

—No, las cosas claras. No quiero acostarme con el asesino —sentencia Quica—. Solo contigo.

Quica se sienta en el regazo de Ethan y éste la abraza por la cintura. No dice nada más.

—Si no lo hacemos, nos matará —anuncia Maya—. Lo dejó muy claro.

—Tenemos que pensarlo —respondo, sin ser un rotundo no.

—Pero…

—Pero nada —interrumpo a Quica—. Tú tienes a tu novio, hijo de un policía. Nosotras, estamos solas. Así que, si a él no le molesta, piensa un poco en el bien común. Quizá podamos pensar algo para poder derrocarlo, si estamos cerca de él.

—¿Cómo qué? —pregunta Maya.

—Como matarlo nosotras —sentencia Quica.

—¡Ala! —chillo—. ¡A veces me escandalizas!

—¿Qué? Era solo una idea —Se encoge de hombros y se apoya de Ethan. Éste le deja pequeños besos por el cuello—. Piénsenlo, acabar con él sería un buen plan.

—Eres bastante cínica —le susurra el casero.

—¿Eso te asusta?

—Me pone.

Vomito.

—¡Basta! Intentad no calentaros por al menos unos minutos, ¿queréis? —Quica se ríe, pero sigo—. Ya hablaremos sobre lo que haremos al respecto. Tengo que pensar la propuesta. No soy muy fan de los hombres.

—De éste lo serías —comenta Maya por lo bajo. Mi mirada la intimida al instante—. Perdón.

Suspiro. No puedo estar sin comprobar lo que me dice la intuición.

—Maya, Quica, ¿me podríais traer algo del bar del hospital? La comida que me sirven como enferma no es de mi agrado. Así de paso os paseáis y puedo pensar con la propuesta que nos dijo el asesino.

—¿Vienes? —pregunta Quica a Ethan.

—No, déjalo aquí. Quiero preguntarle varias cosas del piso, porque supongo que la fianza ya no la vamos a devolver, después de todo lo que está pasando.

Las chicas escuchan hablar de papeleos, dineros y cosas más serias de adultos y se van pitando de la habitación.

—No voy a reclamar la fianza —aclara—. De hecho, creo que esa casa estará a nombre de Quica en un futuro.

No me interesa la puta fianza. Me muevo en la cama y dejo caer el móvil al suelo.

—Ay, ¡qué torpe! ¿Me lo alcanzas?

Asiente.

Se agacha, lo recoge y se inclina para dármelo. Sujeto su brazo y lo inclino sobre mí. Paso una mano por debajo de la camisa y aprieto en un lado de sus costillas. Ahí está, el corte. Gruñe y me mira con fijación. Aprieta los labios con rabia y su quijada se tensa.

Quito la mano y observo la sangre en mis dedos.

—Un corte bastante profundo, ¿no? —le digo.

—Quién me atacó me gana en profundidad.

Intento alcanzar el mando donde está el botón para llamar a los doctores, pero le sostiene la mano y golpea mi mejilla con una sonora bofetada. Me salta las lágrimas.

—Ni se te ocurra gritar. —advierte. Del pantalón saca una pistola con silenciador. La coloca en mi garganta—. Vas a estar calladita, pequeña furcia, ¿y sabes por qué? Porque allá dónde vayáis voy a estar yo.

—Cuando Quica sepa esto…

—¿Crees que no lo sospecha ya? Es más lista que tú, por eso quiere ser mía y deja que la toque. Sabe que, si llega a gustarme, su muerte puede que no llegue.

—Ella no está contigo por conveniencia, está enamorada, imbécil. Pero ¿qué va a saber de eso un psicópata?

—Pienso darle el mejor lugar en la pared. El más hermoso.

Me eriza la piel. El corazón me sube a la garganta. Aprieta tanto mi mano que las articulaciones empiezan a doler. Me quejo en voz baja.

—¿Vas a matarme?

—Corre un poco, ¿no? Ahora viene la parte divertida del juego. Te dejo diez segundos de margen. —Me suelta y se guarda el arma—. Vais a actuar como yo quiero que lo hagáis. Esto será genial.

Se sienta en la cama y empieza a contar. Me arranco el catéter. Detengo la sangre de mi vena con mis dedos y aprieto. Echo a correr. El dolor en mi herida recién suturada es desgarrador. Los pasillos están solitarios. Varias enfermeras me piden que me detenga, pero no lo hago. No me alcanzan. Estoy aterrada. Utilizo el carrito de la señora de la limpieza para lanzarlo al suelo e impedirles que vengan a por mí. Tengo que encontrar a Maya y Quica. ¡Tenemos que huir!

La sangre de mi vientre brota y moja la bata de hospital que visto. Mis pies se arrastran por el suelo cuando llego a las escaleras. Me mareo. El dolor consigue que pierda el norte. Sudo frío y me sostengo de la pared. Una enfermera llega conmigo y me sujeta del brazo. Llama al doctor antes de que pierda la consciencia.

Solo veo pequeñas luces, flases de lo que ocurre a mi alrededor. El personal sanitario vuelve a suturar mi herida. El dolor no existe. Estoy aturdida.

—Le prometí a Maya que os dejaría hasta que te recuperaras —escucho que susurra Ethan a un lado mío—. Qué estúpida al creer que te perseguiría. Cumple tu parte y cállate hasta que puedas irte.

Capítulo 9.

Quica.

Las sogas, el cuchillo, Ethan. Espero estar equivocada.

Maya pasa una mano frente a mis ojos. Llevamos la comida en el ascensor. La observo un momento y me dedica una suave sonrisa.

—Sé que todo está siendo muy complicado, y que no debe de ser fácil para ti decir que sí a una locura tal como la que propuso el asesino, pero ¿qué otra alternativa hay?

—No estoy pensando en eso —admito. Me mira con sorpresa—. Es que… —No, no puedo decir mis sospechas sin tener algo en claro—. Necesito descansar, tienes razón. Todo esto es demasiado para mi alma bondadosa.

Se ríe.

—Siempre pensé que eres la más turbia de las tres, aunque fueras todos los domingos a misa.

—Puede ser.

El pasillo del hospital parece interminable. Veo a Ethan salir de la habitación de Mala con un montón de personal médico. No puedo evitar fruncir el ceño.

—Empezó a delirar —nos cuenta—. Tuvieron que sedarla. Fue demasiado para ella todo lo que le contó Maya.

—Oh, Dios mío. —Maya se lleva las dos manos a la boca y entra corriendo a la habitación con preocupación.

El silencio se interpone entre Ethan y yo. Se pone ambas manos en los bolsillos del pantalón y ladea levemente la cabeza. Observo su torso hasta que mis ojos se detienen en la mancha roja que se dibuja en su camisa gris.

—¿Estás herido? —Vuelvo la mirada a sus ojos.

—Se me fue la mano mientras limpiaba el cuchillo.

—Y te lo clavaste en las costillas, muy lógico.

—No es más que un rasguño.

Miro la habitación para las curas y le sujeto la mano. Me apresuro a entrar y cierro la puerta con sigilo. Le levanto la camisa. La profundidad del corte es notoria y, aunque tiene gasas alrededor, se han empapado rápidamente con su sangre.

—Siéntate, te curaré eso.

Me hace caso. Suspira hondo y se quita la camisa. Se queda mirándome mientras preparo todo el material para darle unos puntos.

—¿Sabes primeros auxilios? —pregunta.

—Estudié enfermería. Quería ayudar a las personas lo máximo que pudiera. Esa carrera le hacía muy feliz a mis familiares, todos devotos y de buena moral.

—La pregunta es, ¿te hacía feliz a ti?

—No he sabido lo que es la felicidad por mucho tiempo, hasta que te besé y lo comprendí.

No me extraña que se quede en silencio y no haga ni una sola mueca a pesar de que le haya hablado de mis sentimientos. Le limpio la herida, sigue sin mostrar signos de ninguna emoción.

Ni siquiera de dolor. Le empiezo a coser.

—¿Terminaste de sacarle brillo al cuchillo? —Levanto la mirada. Asiente—. ¿También lo afilaste para que pudiera clavarse en la puerta?

Entrecierra los ojos. Al fin una pequeña mueca por su parte. Bajo la mirada y le empiezo a coser. Estoy intentando asimilar sus silencios como una verdad que quise negar desde un principio.

Observo varios arañazos en sus hombros, los cuales, no han sido hechos por mí. Detengo las manos un momento. El pesar me llena de lágrimas los ojos.

—Te enamoraste —dice. Cuando levanto la mirada a sus ojos castaños, me está mirando como si fuera una especie extraña. Su duda me sorprende.

—Soy una estúpida, ¿no? Ni siquiera me hizo falta el síndrome de Estocolmo para enamorarme del mismo hombre que me quiere muerta.

—No tienes la certeza de que lo sea.

—Tampoco la duda.

—Faltan pruebas.

—Niégamelo.

Nuestras miradas se conectan. De nuevo el silencio habla por él. Bajo la mirada y termino con los puntos de sutura.

—¿Por qué me estás curando? —Con su pregunta, las lágrimas mojan mis mejillas. Niego con la cabeza y me separo de él. Apoyo las manos en la camilla, a su lado.

—No lo sé —me sincero—. Debería de gritar, llamar a la policía, acusarte.

—Deberías.

Cierro las manos en puño. Observo el reflejo de la cruz que cuelga de mi cuello y la escondo en mi camisa. No estoy comportándome como debería. Estoy dudando entre el bien y el mal y no me gusta.

Se levanta, toma mi cintura y me da la vuelta. Con un movimiento suave me apresa contra su cuerpo. Siento sus músculos clavarse en mí. Me quita el aliento.

—Mientras no tengas pruebas, no voy a admitir nada —sentencia.

—La sangre no miente.

—El rubor en tus mejillas tampoco. —Me acaricia. Mi corazón sube a la garganta. Veo de vuelta esos arañazos y aparto la cara para que deje de tocarme—. Dije que había escuchado otros gemidos.

—Encima tienes el valor de admitirlo.

—No trato a nadie como a ti. Podría dejar que enloquecieras a mi lado. Quizá demostrarte que dañar tiene mucho más morbo que curar y cerrar heridas.

Niego con la cabeza. Vuelve a acariciarme. Pierdo las fuerzas y las ganas de alejarme de él. Mis manos se deslizan y acarician su pecho desnudo.

—Estás loco —le susurro.

—Y tú también.

—Me parece que sí.

Nuestras bocas se pegan. Nos comemos con necesidad. El sonido que provocamos mediante el beso demuestra lo húmedo e intimo que está siendo. Nuestras lenguas se juntan. Me arranca un quejido, él también lo sigue. Mis manos se pierden en su cabello. Le sujeto la nuca. Sus manos

aprietan por mi trasero. Sube la falda que corta que visto y pasa las dos manos por debajo de mis bragas. Jadea en mi boca.

—Adoro que lleves falda hoy —comenta entre gruñidos. Doy una risita en sus labios—. ¿Lo hiciste a propósito?

—Obviamente, aunque mi idea era aprovechar a que me tocaras en la habitación mientras Mala dormía.

—Lo haremos cuando ella esté un poco más consciente.

Me río por el atrevimiento de mis palabras, pero sin más, acepto.

Se inclina sobre mí. Con una mano se desata el pantalón, lo baja levemente junto a los calzones. Su enorme falo ladea la tela de mis empapadas bragas y se clava en mi interior con voracidad. Me contraigo sobre la camilla. Gimoteo. Araño el papel que la cubre y elevo la pelvis. Apoyo los pies sobre la camilla, flexiono las rodillas abro al máximo las piernas para que pueda acceder a mi coño con total libertad.

Así lo hace. Gruñe en voz baja. El sonido de cada embiste me demuestra lo empapada que estoy por él. Se resbala perfecto. Noto cada centímetro de su polla llenarme y abrirme. Lo apretada que me encuentro no es más que un aliciente para que él sienta más placer.

—Joder —gruñe. Sonrío al escucharlo. Me aferra las costillas y aprieta en mi interior—. No quiero salir de tu interior en toda mi puta existencia.

—¡No lo hagas!

Llaman a la puerta. Maldita sea.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta una enfermera.

—¡Un momento! —grito. Miro a Ethan, él gruñe con molestia, no sale de mi interior—. Rápido, dame rápido.

Me sujeta del trasero y me levanta. Empieza a subir y bajarme de sus brazos. Mi cuerpo se pega al suyo por los movimientos. Muerdo mi labio inferior. El chapoteo es audible. Muerdo su cuello para no gritar. Mi clítoris es fregado por su pelvis y siento el coño abierto sin cesar. Cada arremetida es más agresiva que la anterior.

Paso la lengua hasta su oído y le susurro, temblando, sudando.

—Voy a llegar…

—Y yo —responde con la voz engrosada—. Solo un poco más.

—¡Si no abre la puerta, señorita, llamaré a seguridad! —grita de nuevo la molesta de la enfermera. Escuchamos que termina llamando al hombre de seguridad y nos cuesta quedarnos a medias. Bufo. Me acomodo la ropa y él se anuda el pantalón. Se pone la camisa en el momento justo que la puerta se rompe.

—¡Le estaba curando una herida! —explico molesta.

Mi mal humor no se va hasta que llegamos a la habitación donde Mala sigue dormida. Maya me observa caminar de un lado a otro como un felino enjaulado.

—Nos dejaron a medias, justo al borde del orgasmo —cuenta Ethan.

—¿Cómo? —Maya no da crédito.

Ethan se sienta en el sillón, sujeta mi mano y me hace sentar sobre su regazo. Abre mis piernas, eleva mi falda y ladea la tela de mi ropa interior, quedando expuesta frente a Maya, que está sentada en la camilla. Se queda con la boca abierta, yo también.

—Así la dejaron —cuenta Ethan. Pasa varios dedos al largo de mi coño. Gimoteo y echo la

cabeza hacia atrás. Estoy demasiado sensible—. Abierta, empapada y llegando casi al orgasmo, no hay derecho.

Jadeo. Abro los ojos y observo a Maya. Mira como los dedos de Ethan pasean por mi intimidad. Traga saliva y se muerde el labio inferior. Gruño cuando los dedos de Ethan se introducen en mi interior. Lo hace tan lento que me molesta. Este hombre me deja sin la capacidad de racionar con coherencia.

—No creo que pueda llegar a un orgasmo pleno solo con mis dedos. —Mira hacia Maya—. ¿Me ayudas?

Me sorprende comprobar que no lo piensa y se levanta casi al segundo. Ethan sabe cómo corrompernos.

Maya me acaricia. Roza mis labios vaginales y los abre. Siente la humedad en sus dedos y luego de observar bien mi coño, me mira a mí. Me arden las mejillas. Estoy más excitada y con ganas que al inicio.

—Haré que saques el orgasmo junto a Ethan, no te preocupes —me dice.

Gimoteo cuando introduce dos dedos en mi interior junto a los dedos de Ethan. Entorno los ojos, arqueo la espalda. Ethan me sujeta las piernas con la mano libre para que no las cierre. Me muerdo la mano para no gritar.

Empiezan a mover las manos. Gimo. Mis manos se aferran al cuello de Ethan. No puedo abrir los ojos. Estoy lloriqueando. Con la mano libre, Maya roza y mueve a la perfección mi clítoris. Me están follando los dos con los dedos y no puedo estar más mojada.

Ethan guía los movimientos de los dos dedos de Maya, que, dentro de mí apresan y rascan el punto G sin ningún pudor. Lo hacen más rápido, más fuerte. Mis paredes se contraen. Estoy ardiendo. Abro los ojos un momento para observarlos centrados en tocarme. Jadean. Los pezones de Maya se transparentan sobre la blusa, por la excitación que le está dando el masturbarme. No imaginé nunca que me gustara tanto ver a una mujer caliente mientras me da placer.

Esto es tan raro, es Maya, yo no debería. ¡Ah, mierda!

—¡Parad!

—¿Por qué? —pregunta Ethan, con la voz engrosada por la excitación.

—¡No está bien que le de un orgasmo a una amiga!

—Quiero tu orgasmo —me interrumpe Maya. Nos observamos, ambas jadeando. No detienen los movimientos. Joder, es hermosa así. Sonrojada, sudada.

Me corro.

Voy a gritar, pero Ethan me sujeta del cuello y me besa. Su lengua calla mis gritos y mis quejidos. Mi coño bombea y salpica alrededor. Ambos me acarician el coño mientras saco los fluidos. Disfrutan de ello. Estoy llorando de placer.

Observo hacia la camilla, Mala está despierta. Nos observa con seriedad, pero noto que sus mejillas se han enrojecido. Cierra los ojos cuando se percata de que la observo y finge estar dormida.

—Vamos a casa —ordena Ethan. Lame la saliva que cayó por la comisura de mis labios y traga—. No pienso salir de tu coño por muchísimas horas.

—Ya quiero sentirlo.

—Nos vamos —avisa a Maya. La observa un momento—. Iré a ocuparme de mi novia, tú calma a la tuya, que se está haciendo la dormida, pero lo vio todo.

—¿De verdad? —susurra Maya.

Escondo una risita juguetona cuando observo a mis amigas mirarse con el fuego instalado en sus retinas.

—Hemos incendiado el ambiente —le susurro a Ethan. Él me empuja tomándome de la mano y me lleva casi a rastras fuera del hospital.

—El incendio es lo que voy a provocar entre tus piernas cuando lleguemos a casa.

No puedo dejar de tener ganas de follármelo con esa forma de ser.

Capítulo 10.

Quica.

Un alto el fuego puede ser mucho más que varias palabras que nos aseguran la vida. Para mí, son una liberación. Libertad para disfrutar de Ethan hasta que el cuerpo nos flaquee y no suele ocurrir.

Araño la tela del sofá de su casa y encorvo la espalda. De rodillas, con el trasero en pompa, me azota y no deja de arremeterme hasta que su polla se siente tan al fondo, que me obliga a saltar.

Hoy le dan el alta a Mala. Ha estado extrañamente pasiva al saber que Maya se ha estado involucrando con nosotros de forma carnal. A lo que a mí respecta, no es algo que me importe. Nos da placer a los dos, no solo a él. Supongo que estará disfrutando de nosotros hasta que su novia esté apta para darle el placer que necesita.

Ethan me lanza al sofá con una estocada, sin sujetarme de la cintura. Jadeo cuando sale de mi interior. Lo observo y camina hacia mí con soltura. Abre mis piernas.

—Quédate quieta así —ordena. Asiento con la cabeza.

Maya se acerca desde atrás del sofá, donde observaba la forma brusca en la que Ethan sabe complacerme. Trae en sus manos un consolador. Grande, grueso y de color plateado. Además de poder meterlo, lo enciende y vibra.

Se agacha y empieza a lamer mi clítoris a la vez que ese falo de mentira abre mis carnes y me las azota con el vibrar. Quiero gritar, pero no lo consigo. Ethan mete su miembro en mi boca y aprieta mi nuca para que no sea capaz de sacarla.

Gimo para mis adentros y muevo la cintura. Llevo una mano a la nuca de Maya y envuelvo mis dedos por su pelo. La invito a que siga lamiendo y jugando en mi interior con ese juguete. Me abre y me empapa más de lo que ya estoy.

Los fluidos de Ethan caen como cascadas junto a los míos y a la vez, me llena la boca. El líquido cae por la comisura de mis labios, pero lo rescato con una lamida.

El móvil de Ethan suena. Bufa y se aleja de nosotras. Nos quedamos sobre el sofá, esperando indicaciones cuando descuelga.

—Hola, papá —responde—. Eres muy inoportuno.

Pone el altavoz.

—¿Hijo? Te siento la voz extraña.

—Sí, bueno. Estoy un poco acatarrado.

Se sienta a nuestro lado y palmea sus piernas indicándonos que nos sentemos sobre él. Lo hacemos. Deja el móvil a un lado y abre nuestras piernas con las manos. Pasa los dedos al largo de nuestro coño y a la vez, nos empieza a tocar. No tarda en meter varios dedos en el interior de las dos.

—En comisaría me dijeron que viniste a buscarme hace unos días, ¿estás bien?

—Fui a buscar ayuda por mi novia.

—¿Novia? —pregunta el señor. Hace una pausa y sigue hablando—. Ethan, repito ¿te

encuentras bien?

—¿Escuchaste hablar de El lobo?

—Claro que sí, soy policía, hijo. Yo mismo investigué los primeros casos de asesinato, antes de que se dieran cuenta que era oficio para alguien más cualificado.

—Mi novia está siendo amenazada por él y su amiga ya fue herida con un cuchillo. Le atravesó el estómago varias veces.

—¿Qué está haciendo la policía del pueblo?

—Son unos inútiles, por eso te llamé. Se supone que las están custodiando. Hay policías allá donde mires cerca de ellas y, aun así, el cabrón logra acercarse. Ahora piensan que las ha dejado en paz, porque él mismo optó por darles una tregua. Así que la policía está más relajada que antes.

Maya y yo ahogamos gemidos y gritos mientras nos está masturbando. Besamos su cuello y le dejamos mordidas. Él cierra los ojos y se muerde el labio inferior cuando ambas le empezamos a acariciar el miembro. Miro a Maya y nos besamos frente a él mientras lo pajeamos a la vez, solo para que el calor del momento lo llene de placer y le provoque un orgasmo. Se queda un momento con la boca entreabierta. ¡Me encanta verlo así de pasmado!

—Hijo, dame unos días y volveré. No voy a dejarte solo en una situación así. Se me hizo raro que tuvieras novia.

—Lo sé, es inusual —responde Ethan. Por suerte, sabe fingir normalidad y no se le escapa ni un solo jadeo—. Pero, es que ella no es normal. Te lo aseguro.

Sonrío satisfecha.

—Bien, espero con ansias que me la presentes. Nos vemos en unos días.

—Claro.

Cuelga y es entonces cuando da un largo jadeo.

—Gracias por querer ayudarnos —agradezco con una sonrisa atrevida.

—Tienes muy malas ideas mientras estoy hablando con tu suegro por teléfono.

—Tú empezaste sentándonos sobre ti.

—¿Recuerdas que es policía? Y conservador, de paso. No estaría de acuerdo en nada de esto.

—Mientras que lo estés tú, me importa poco lo que piense tu padre.

Se le escapa una risita y me monta sobre él. Me apremia con su polla entrando en mi interior sin restricciones. Se resbala y mi interior la abraza, sabiendo que soy de su propiedad. Con el consolador, penetra a Maya y la hace tiritar. Si puede ahorrarse estar dentro de ella lo hace, me gusta que se noten sus preferencias.

Maya termina y, a sabiendas que nosotros tardaremos, esboza una sonrisa y se levanta del sofá.

—Me daré una ducha e iré a ver a Mala —informa.

—Nosotros ya iremos luego —digo entre quejidos. Abrazo a Ethan por el cuello y sigo moviéndome desesperada sobre él. Éste aprovecha para absorber y morder mis pezones a la vez que sus manos aprietan con fuerza mis nalgas.

Pierdo la noción del tiempo y de la hora cuando estoy con él. Ni siquiera nos hemos percatado de cuando Maya se ha ido. Ambos llegamos al orgasmo con intensidad. Él termina gimiendo y yo grito mientras nos miramos fijamente a los ojos. Pasa ambas manos por mi nuca hasta mi cabello y enreda sus dedos en él. Me besa voraz, intenso. Su lengua me quita el aliento

y mis uñas dejan marcas por su cuello a medida que dejamos salir todo el frenesí que sentimos el uno por el otro.

Aleja la boca de mí y suspira hondo.

—Hoy se acaba la paz —comenta—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que volvemos a estar en peligro.

—Significa mucho más. El hecho de que tienes que volver a plantearte, si soy yo el asesino o no.

—Te gusta jugar, ¿no es así?

—Y a él también, un punto en mi contra.

De repente, sus ojos castaños parecen oscurecerse. Un mensaje tintinea en mi móvil y lo observo. Leo a Mala asegurar que ya tiene el alta médica. Levanto levemente la mirada hacia Ethan. Su expresión parece más fría y seria que de costumbre. Sus manos aprietan con más fuerza mi espalda y trago saliva.

Me estremezco. De repente el ambiente está cargado. Me cuesta respirar. Tengo que tomar el control de la situación, porque si es él, no pretendo morir hoy.

—Mala ya tiene el alta —le digo con una sonrisa fingida.

—Lo leí.

—No tenemos que ir al hospital, así que, ¿qué tal si seguimos un rato más? Llévame a tu cuarto. Haré que te corras hasta que no te quede aliento.

Acepta, como esperaba. Me carga en brazos y vuelvo a besarlo. No quiero que note que desconfío. Prefiero que piense que lo tomo todo como un juego en donde me calienta diciéndome que es el asesino.

Se acuesta en la cama y me pongo encima. Lo escucho gemir mientras me muevo sobre su miembro. Miro alrededor con disimulo y le dedico una suave sonrisa.

—¿Qué estás tramando? —Quito la sonrisa de forma automática.

—Estaba pensando en cómo hacerte sentir mejor.

—¿Enserio?

Asiento. Me inclino sobre él y le chupo los labios. Sonrío con atrevimiento y cuando voy a levantarme, sujeto la lampara de la mesilla de noche y se la rompo de una en la cabeza.

Ethan se queda inconsciente por el golpe. Suelto el arma y observo como la sangre le corre por la frente. Se la limpio con cuidado con la sabana y hago una mueca.

—Lo siento cariño —le susurro—. Es que ya se levantó la veda.

Beso sus labios con dulzura y le sonrío. Tiene que sentirme amorosa de todos modos. Al fin y al cabo, es mi novio.

Corro al salón y cojo las sogas de la pared. Las uso para atarle las manos a la cama. Me aseguro de la dureza de los nudos y me visto con rapidez. Tengo que encontrar pruebas y luego, llamar a la policía.

Llego a nuestro piso. Empiezo a rebuscar por todos lados. Debe controlar de alguna forma el hecho de poder entrar y salir de esta casa sin necesidad de usar la puerta principal.

Recuerdo entonces, los delirios de Mala cuando recién la acuchilló. Repetía sin cesar que había visto una cosa negra en el baño antes de que el juego empezara.

Llego al baño y empiezo a revisar cada recoveco del interior. Me meto a la ducha. No veo nada. Elevo la mirada al techo y entonces, me percato de un pequeño punto negro. Entrecierro

los ojos y me pongo de puntitas. Lo cojo y tras de éste, veo salir varios cables negros. Es una cámara de vigilancia. ¡Una maldita cámara en la ducha!

Tiro de los cables. Recorren toda la casa escondidos al pintarse del color de las paredes. Voy descubriendo pequeñas cámaras por cada uno de los lugares del piso. Incluyendo nuestros dormitorios. Llego a mi habitación.

Frunzo el ceño cuando observo que el recorrido llega hasta detrás del armario. Lo retiro levemente. La sangre se me congela cuando veo una puerta escondida. Me asombra menos cuando la abro y observo el baño de la casa de Ethan. ¡Así es cómo entraba con tanta facilidad!

Tengo que llamar a la policía.

Intento marcar algún número en mi móvil, pero no funciona. ¡En qué mal momento tiene que ponerse a fallar!

Escucho una puerta. Mierda. Mi cuerpo tiembla mientras cojo un paraguas y camino lentamente hacia el umbral que da al pasillo.

Abro la puerta de golpe. Grito. Maya y Mala también gritan. Nos callamos, nos miramos y de nuevo empezamos a gritar.

—¡¿Qué te pasa?! —chilla Maya.

—¡Es Ethan, es Ethan! —señalo la habitación, luego las cámaras que dejé en el suelo. Mala aprieta los labios y mira al suelo—. ¡Tú lo sabías!

—Y en el fondo tú también, pero quisiste alargar tu romance con ese psicópata. Leer Dark romance te hace mucho daño, Quica —reclama Mala.

—No tanto —aseguro—. Lo até.

Palidecen.

—¿Qué has hecho? —dice Mala, con los ojos abiertos al máximo.

—Le abrí la cabeza y lo até a la cama. Eso no se me ocurriría sin leer cosas turbias. —me cruzo de brazos con orgullo—. Todo sirve en esta vida.

—Llamen a la policía —dice Maya. Sacude su teléfono—. El mío no va.

—El mío tampoco —digo.

—Ni el mío —asegura Mala.

Nos miramos un instante. No puede ser. Nos apresuramos para llegar a la habitación donde dejé a Ethan. La sangre salpica la sabana, pero no hay nadie acostado. Las cuerdas se ven cortadas y al lado de éstas, se encuentra recortada una hoja del cuento de Los tres cerditos.

La puerta se cierra con fuerza a nuestras espaldas. Ethan apoya la espalda en la pared y se inclina, mostrando una pistola que nos apunta a las tres. Retrocedemos hasta quedar al otro extremo de la habitación.

Con una tranquilidad abrumadora, saca el teléfono y deja sonar la canción de los tres cerditos. Él silba, hace el sonido cuando dejan de cantar. Su silbido es fuerte, aterrador para las tres. Trago saliva.

—¡Guau, Quica! Dolió. Había otras formas de atarme.

—Perdona —susurro.

—Sois las primeras a las que les doy tiempo para poder descubrirme —confiesa.

—¿Querías que lo hiciéramos? —Asiente—. ¿Por qué?

—Fue muy divertido ir dejando pistas y, excitarte cuando todo te lo tomabas como un juego. Bueno, en realidad, es un juego. Pero siempre fui yo el que movió las fichas. —Se guarda el

teléfono—. No leísteis la letra pequeña del contrato de alquiler. Os alquilo la casa, a cambio de que me vendáis vuestra vida.

—Pues, quédate con la fianza —respondo con falsa seguridad—. Nos vamos.

Cuando doy un paso, él levanta el arma. Me congelo. Nos observamos un momento y éste suspira hondo. Vuelve a bajar la pistola.

—Ya que sois tres, os daré tres opciones. La primera, pagarme el alquiler como os pida hasta que os mate. La segunda, ir a la policía y enfadarme. La tercera, huir. Pero derribaré cada puerta, a soplidos si hace falta. —Mis amigas intentan responder, pero él eleva un dedo y las calla—. Elige Quica, ustedes no.

Observo a Mala y Maya. Ambas lloran de terror. Mala se toca el lugar donde se quedó la cicatriz de los cuchillazos de Ethan. Suspiro hondo. Mi mente debe de aceptar que el hombre al que amo es el mismo del que debo de huir.

—Nos vamos —decido.

—Bien, ¿cuánto quieres de ventaja?

—¿Toda una vida?

—Minutos, cariño.

Trago saliva.

—Treinta —pido.

—Es mucho.

—Ethan, si me quieres, déjanos media hora.

Se queda en silencio y asiente. Suspira hondo y hace una pequeña mueca.

—Tenéis una hora.

No puedo evitar sonreír. Se aleja de la puerta. Mala y Maya corren primeras para salir. Cuando paso, nuestras miradas se conectan y él se mueve. Me sujeta la mano y deja en ésta la pistola.

—Úsala —me pide—. Sin importar qué, estaré feliz de que me mates tú.

Doy un paso hacia él y con la manga de mi camisa, limpio suavemente la herida de su frente.

—Ponte una gasa y aprieta por unos minutos. Dejará de sangrar.

—Lo haré.

Se inclina sobre mí y me besa. Sus labios me apresan al igual que su lengua, probando el interior de mi boca con agresividad. Ahogo un quejido en sus labios y hundo más el beso. Lo abrazo por el cuello, él me rodea la cintura. No entiendo lo nuestro, pero tampoco hace falta. Esta manera de amar es la suya. Una forma de amor de manicomio. Parecido a Harley Quinn y el Joker.

Jadeamos a la vez cuando nuestros cuerpos se alejan. Acelero paso con mis amigas para salir de la casa. Lo observo antes de hacerlo.

—No estás contando los minutos.

—Es que, en el fondo quiero que te salves —asegura.

Me muerdo el labio inferior. Quiero volver a besarlo, pero todavía me queda algo de lógica para salir corriendo antes de que el lobo feroz, venga en nuestra búsqueda.

Capítulo 11.

Mala.

—¿Te dio un arma? —Quica me mira en el asiento trasero. Asiente, mientras acaricia la pistola—. Ese tipo está loco y tú más, acariciando eso como si en realidad te hubiera regalado un lindo gatito.

—Gatillo tiene.

—No es momento para bromear, Quica. —Aprieto el acelerador y arranco el coche—. Tenemos una hora, ¿a dónde vamos?

—Creo que está claro —sentencia Maya. Quica se sienta mejor y se asoma entre los dos asientos—. Vámonos al aeropuerto. Si nos vamos de país será más complicado que nos encuentre.

—Al contrario, estamos haciendo lo que él quiere —comenta Quica—. Esto pasa en el cuento de los tres cerditos. Huyen del lobo, se esconden en varias casas, hasta que encuentran la de ladrillo.

—Y la nuestra será con alas —rebato, dándole la razón a Maya.

—Yo solo digo, que conozco a Ethan y le gusta perseguir gente asustada.

—¿Qué propones entonces?

—Encararlo.

—Claro, nos vamos a encarar a un asesino serial. ¡¿Estás loca?!

—¿Crees que me hubiera dado una hora de haber pensado que teníamos tan fácil el llegar al aeropuerto? —La observo desde el retrovisor. Se guarda el arma en la cinturilla del pantalón—. Esto es un juego. Solo puede vencer uno, nosotras o él. Prefiero enterrar a que me entierren.

Suspiro hondo. Prefiero que nada de eso pase, pero supongo que no es una opción. De camino al aeropuerto, un policía nos da el alto. Aminoro la velocidad.

—No pares —ordena Quica.

—¿Cómo no voy a parar? —la regaño—. ¿Quieres terminar en prisión?

Quica bufa cuando no le hago caso y bajo la ventanilla del coche.

—Señor agente, ¿ocurre algo? —pregunto.

—Documentación del vehículo, por favor —pide el policía.

Le señalo a Maya la guantera y la abre. Me da los papeles y se los doy. Se marcha al furgón a comprobarlo. Mira el papel, luego nuestro coche y observo como usa el *Wolki*.

—Te dije que no pararas —repite Quica.

Agudizamos el oído, en silencio en el coche.

—Hay una orden de retención a este vehículo, sí —dice el policía a sus compañeros—. Lo denunciaron por robo esta mañana. Deben ser las que se lo llevaron, las trasladaré a comisaría.

—Arranca —insiste Quica.

—Pero…

—¡Que arranques Mala! —chilla Maya.

Aprieto el acelerador y paso rozando el coche de policía. Lo escuchamos gritar. El coche de

policía no tarda en encender las luces. Lo observo desde el retrovisor. Quica se arrodilla en el asiento trasero y observa el coche.

—Ahora somos prófugas, ¿cómo vamos a subir a un avión? —dice. Me mira y enarca las cejas, haciendo evidente que tenía razón con los movimientos de Ethan.

—Quizá todavía no sepan nada y podamos subir a algún vuelo —comenta Maya, tan positiva como puede.

Doy un volantazo. Me meto en dirección contraria y acelero. Los coches y camiones que transcurren por la carretera hacen sonar su claxon e intentan no colisionar conmigo, acto que provoca un accidente a nuestras espaldas. Espero que sin ninguna víctima mortal.

Sin embargo, el apartar la vista para observar la colisión, consigue quitarme la atención de la carretera. Escucho un pitido, levanto la vista. Un camión se aproxima. El conductor frena, pero las ruedas derrapan por el asfalto. Doy un volantazo y el coche vuelca. Damos varias vueltas de campana hasta que se detiene a unos metros del arcén. Noto los cortes de los vidrios por mi rostro. Gimoteo por el dolor cuando saco un trozo puntiagudo de mi mejilla.

Observo a las chicas. A pesar de la agresividad del accidente, se quejan y eso me advierte de que siguen con vida.

—Maldición, siento todo el cuerpo molido —gimotea Maya.

—¡No es momento para quejarnos! —grita Quica—. Hay que irnos, cada vez queda menos tiempo.

Golpea de una patada la puerta trasera y sale del vehículo. Hago lo mismo y ayudo a Maya a salir por mi lado, ya que el suyo ha quedado del lado de la arena. Le sostengo la mano y a gatas, clavándonos los cristales, conseguimos salir. Nos ponemos de pie lentamente. El dolor es agudo. Por los golpes y los cortes que presentamos. Quica camina y cojea un poco. Suspira hondo y niega con la cabeza.

—¿Te cargo? —le pregunto. Niega con la cabeza.

—Vámonos, Ethan no va a recapacitar por mucho que esté metida en todo esto.

Asiento y, aunque me ha pedido que no lo haga, termino por cargarla a la espalda. Corremos campo a través hasta llegar a una carretera poco transitada. Después de caminar hacia la dirección del aeropuerto, observamos un coche a lo lejos.

—Bájame, tengo una idea —susurra Quica. Lo hago, aunque palidezco cuando saca la pistola.

—¡¿Qué demonios vas a hacer?! —se detiene al lado del arcén y hace el alto con una mano. Con la otra se guarda la pistola tras la espalda—. No quiero muertos detrás de nosotras Quica, ¿escuchas?

—¿Te puedes relajar?

—¡Estar con Ethan te ha hecho daño! —El coche se detiene. El señor que hay dentro nos mira con preocupación—. ¡Señor arranque!

Mi advertencia es en valde. Quica lo apunta y le sonríe con una sonrisa tan cínica que incluso a mí me asusta.

—Baje del vehículo o le vuelo la cabeza. —Me quedo en shock. Da la vuelta al coche y le abre ella la puerta—. ¡He dicho que baje!

—¡Sí, sí! —El señor, sofocado, le hace caso. Levanta las manos y empieza a sollozar—. ¡Por favor, tengo familia!

—No me cuente historias.

—¡Quica, por Dios! —le grito con el fin de que reaccione.

—Es que no me interesan sus penas. —Vuelve a mirar al señor—. De unos pasos hacia el arcén, ahora.

Temblando, el hombre la obedece. Luego Quica nos mira y hace una señal con la cabeza para que subamos al coche.

—Lo siento mucho, señor —se disculpa Maya—. Nos persigue el Lobo feroz.

—¿Qué? —el hombre se queda más en shock de lo que estoy yo.

Me apresuro a subir al coche cuando Maya me llama. Me siento en el conductor y me apresuro para llegar al aeropuerto. Maya observa la hora desde su móvil con desesperación. Traga saliva. Una hora no es para nada suficiente, pero ya es más de lo que nos iba a dar.

Llegamos al aeropuerto. Aparcamos y fingimos normalidad.

—Tendrás que deshacerte del arma antes de embarcar —aviso a Quica.

—Todavía no. —Me mira de reojo—. Esto no ha terminado. Ethan no es tonto y para dar el comunicado de detención en la policía, significa que tiene la tecnología y habilidad suficiente para hacer cualquier cosa como un buen hacker.

Antes lo dice, que la pantalla de los vuelos empieza a ponerse en rojo. Se cancelan todos y cada uno de ellos. Me quedo con la boca abierta. El descontrol de personas nos rodea. Los seguratas intentan calmar a la multitud y, de fondo, en los altavoces donde avisan de la salida de los aviones, empieza a sonar la canción de Los tres cerditos.

La alarma del móvil de Maya suena. Una hora. Ha pasado una hora. No puedo evitar llorar, al igual que Maya. El teléfono de Quica suena y cuando lo observa, levanta la vista hacia una esquina de la multitud.

Ahí está. De pie, relajado y apoyado de la pared. Se nota que sabía que íbamos a venir aquí. Quica traga saliva. Lee en voz alta el mensaje.

—Os dije que empezaría la cacería en una hora, no que no pudiera salir de casa antes —se calla un momento.

—¿Qué más dice? —pregunto. Aprieta los labios y vuelve la vista hacia él antes de seguir con el mensaje.

—Recuerda que tuve tu teléfono en las manos, amor. Rómpelo.

—¿De verdad te está ayudando? —chilla Maya. Empieza a hiperventilar—. ¡¿Te ayuda o solo está haciendo que el juego sea más entretenido?!

—Las dos cosas. —Tras la respuesta, Quica estampa el teléfono contra el suelo—. ¡Tiren sus móviles ya! Tenía acceso libre a la casa.

Mierda, tiene razón. Lanzo el teléfono. Maya igual. Echamos a correr, aunque Quica se queja por el tobillo en mal estado. Le sujeto del brazo para salir del aeropuerto. Ya no hay pausa, está viniendo tras nosotras.

—¡Os dije que estábamos haciendo lo que él quería! —reclama Quica—. Incluso llegó al aeropuerto antes que nosotras, pero no hacéis caso. Hay que encontrar un lugar donde encerrarnos, como en el cuento.

—¿Y dónde podría ser eso? —subimos de vuelta al coche robado y acelero.

—Conozco una casa de campo a la que iba con mis padres de pequeña —sugiere Maya—. Está cerca de aquí y podríamos escondernos, llamar a la policía y esperar.

—Es lo más sensato, aun sin móviles hoy en día hay cámaras en cada calle. Estar en el campo nos quita de su radar —acepta Quica.

Suspiro hondo. La observo. Normalmente no le hago caso, pero por no hacerlo siempre estamos peor de lo que podríamos estarlo. Asiento y sigo las indicaciones de Maya. Siempre he subestimado a Quica por ser la más inocente del grupo, no debí hacerlo.

Por varios caminos, la policía nos corta el paso, supongo que siguen buscándonos además del revuelo que se formó en el aeropuerto.

—Me perdí —anuncia Maya.

—No digas eso. —Mis manos tiemblan alrededor del volante—. Tenemos que llegar cuanto antes.

Nos metemos por caminos de arenal y puro campo.

—Creo que es por ahí —señala uno de los caminos. Obedezco.

—Allí se ve algo —Quica señala entre los dos asientos para que pueda observar hacia donde lo hace. Es una casa a lo lejos, sola entre tanto campo.

—¿Es la casa de campo que buscabas? —le pregunto a Maya. Ella niega—. Da igual, nos sirve para escondernos.

—Esperemos que haya teléfono para llamar a la policía —suplica Maya, entre llantos—. Yo no quiero morir.

Me traslada el pánico. Éste aumenta cuando llegamos y vemos la casa de ladrillos rojizos expuestos. Tan parecida a la de el cuento que incluso se observa una chimenea en lo alto.

—Vamos a intentar ser positivas, los tres cerditos se salvan en una casa así —comenta Quica. La observo, ella a mí. Ambas nos quedamos en silencio y tragamos saliva. Maya no para de llorar y mi abrazo no la calma.

La puerta está sospechosamente abierta, pero no podemos detenernos a buscar otro lugar. Cerramos con pestillo y aseguramos todas las puertas y ventanas. Quica corre a buscar el teléfono.

—Chicas, mirad. —Nos muestra el fijo con los cables arrancados—. Esto es mucho más raro que encontrarnos la puerta abierta.

Carga la pistola y la deja pegada a su cadera.

—Hay que encontrar un lugar dónde esconderse —sugiero—. Un armario, algo.

Maya se apresura a abrir una puerta del pasillo. Da a un amplio y oscuro sótano.

—¡Mirad! Tiene sótano. Si nos encerramos bien, podemos vigilar la única entrada que hay para poder matarlo —propone Maya.

—¿Habéis pensado que igual como es la única entrada, también es la única salida?

Quica tiene razón, bajar es un suicidio, pero ¿qué más podríamos hacer?

Escuchamos un silbido. El mismo que entona la canción de los tres cerditos por fuera de la casa.

Mi piel se eriza, siento el corazón en la garganta. Sigo sin comprender cómo nos encuentra tan rápido, pero no voy a preguntárselo. Cojo a Maya y Quica del brazo y las empujo hacia las escaleras del sótano. La seriedad de Quica aumenta cuando hago ese acto y cierro la puerta con todos los cerrojos que tiene. Es raro que un sótano tenga cuatro cerrojos por dentro, pero mejor.

Enciendo la luz tintineante de la bombilla. Me llama la atención lo espacioso que es, al igual que unas manchas marrones en las paredes y un olor extraño. Como si productos de limpieza se

mezclaran con algo más.

Me llaman la atención unos barriles que hay en la esquina. Me acerco y los golpeo un poco con el pie. Parecen estar llenos. Quizá sea algo que nos pueda servir.

Abro la tapa y el líquido me quema levemente la mano. ¿Qué es esto?

Maya se acerca y ambas nos asomamos a la vez.

Se nos corta la respiración. Le cubro la boca a Maya para que no grite y nos descubra. Quica se marea y se sujeta de la pared. Jadeando, gimiendo de pánico. Los barriles contienen cuerpos de mujeres en descomposición. Lo cierro y temblando, apoyo la espalda al lado de Quica. Maya se hace bolita frente a mí. La abrazo con fuerza. A este punto, las tres lloramos.

—Nos hemos metido a la guarida del lobo —asumo.

—Justo como él quería —solloza Quica—. Ya me dijo, que esto iba a pasar. Que íbamos a actuar como él lo había planeado.

La música en forma de silbido nos sobresalta. No está en la puerta cerrada, sino al interior del sótano. ¡¿Cómo puede ser?!

Desde la oscuridad que queda debajo de la escalera, Ethan aparece con unas llaves en la mano, las cuales dan vueltas en sus dedos, había una puerta trasera que no vimos. Sigue serio, impasible, como si lo que está haciendo fuera lo más normal del mundo. Sigue silbando la maldita melodía. Quica levanta la pistola. Ambos se observan con seriedad.

—¡Quica dispara! —le pido. Su mano tiembla—. ¡Dispara, joder!

Escucho el disparo, pero quien grita, es Maya.

Capítulo 12.

Quica.

Que borrosa es la línea entre la cordura y la locura, ¿verdad?

—¡Quica! ¡¿Qué demonios haces?! —Observo a Maya sangrando de la pierna. Me mira horrorizada. Mala intenta detener el sangrado con presión en la herida.

Me coloco al lado de Ethan. Sigo apuntándolas. Me nalguea y le sonrío. Besa mi mejilla y le entrego el pequeño localizador que me dio junto al arma.

—Buena chica —me compensa con la voz gruesa.

—Vuelvan a infravalorarme, hijas de puta —les expreso. Me observan las dos, como corderitos asustados. ¿No se suponía que la tonta era yo? —. ¡Me hartaron con siempre tenerme como una maldita retrasada!

—¡Eso no es así! —me confronta Mala.

—¡Cállate la maldita boca, perra!

Disparo. La bala rebota en la pared. Ambas saltan y prefieren callar. Se agachan en el suelo y se abrazan entre sí. Ethan besa mi cuello y susurra lentamente.

—No hay que matarlas fácil, vamos a pasarlo bien primero.

—Me juraste muchos orgasmos el día de mi muerte —le recuerdo.

—Quica… —gime con dolor Maya—. ¿Te estás escuchando? ¡Enloqueciste!

La miro de reojo.

—La pureza me enloqueció, él solo desató la parte animal que gritaba dentro de mi maldito pecho. —Me agacho de cuclillas. Los dedos de Ethan acarician mi cuero cabelludo, aprieta levemente y tira suave del pelo—. Ethan y yo podemos ser compasivos con ustedes. ¿Cómo se siente que ahora no me puedan excluir, perras?

—No te excluimos —solloza Mala.

—Siempre lo habéis hecho, pero hoy no es una maldita opción.

—Dejemos de hablar —ordena Ethan. Me levanto a su lado y me cruzo de brazos—. ¿Aceptan las condiciones que os damos, o acaban antes en el barril?

Se me escapa la risa.

Se miran entre sí. Con las piernas temblorosas y la sangre de Maya rodeándolas, aceptan con la cabeza.

Los besos que empiezo en la boca de Ethan, los termino en los de Mala. Observo de reojo como Ethan hunde la lengua entre los labios de Maya. Aprovecha para apretar la herida de su muslo. El quejido de dolor que suelta me excita. Rompo la camisa de Mala y ella se exalta. Chupo sus pechos con fuerza. Mis dientes apresan sus pezones y la escucho gemir. Mi mirada se conecta con la de Ethan.

Ambos les damos la vuelta a la vez y las obligamos a apoyar ambas manos contra la pared. Son nuestras presas, destinadas a darnos placer, nada más.

Le sonrío y, es la primera vez en la que Ethan cambia su expresión y me devuelve la sonrisa. Le pasa un cuchillo con el que rompemos la tela que nos impide tocarlas a nuestro gusto.

Deslizamos los dedos por sus nalgas y tocamos el interior de ambas.

Para ser la primera vez que masturbo a una mujer, se siente muy excitante. Mala me empapa los dedos. Me muerdo el labio inferior y termino acariciando sus pechos.

Hundo hasta tres dedos en su abierto coño.

Le sujeto del cabello y le echo la cabeza hacia atrás. Ella expresa un gritito. Unas absorciones nos hacen mirar a nuestro lado, donde Maya disfruta de la grandeza de la polla de Ethan con su boca.

—Admite que hace mucho tiempo querías que te tocara —le susurro a Mala. Ella traga saliva. Me mira de reojo. Llora, pero se sonroja a la vez—. Ya me has respondido con tu silencio. De rodillas.

La empujo y la lanzo de rodillas frente a Ethan. Me detengo a su lado y lo beso. Miro de reojo a Mala. Sujeto su cabello y la acerco a la verga. Ella comprende mi deseo cuando abre la boca.

Ambas le comen y envuelven el falo a turnos. Luego juntan las lenguas entre sí y lo observan. Sujeto la polla y echo hacia atrás la piel para que lo hagan disfrutar más. Entre ellas envuelven sus lenguas y se besan a la vez que chupan el miembro. Desde la punta hasta la base. Ethan gruñe. Me sostiene de la nuca y me eleva hasta su boca.

Me devora con una pasión absoluta. Gimoteo.

Sus manos me arrancan la ropa y me atraen hacia él como suya. Lo que soy. Ambos jadeamos. Sonreímos. Dios, se ve tan sexy cuando al fin sonríe. Se le marcan los hoyuelos y sus dientes perfectamente alineados son decorados por dos pequeños caninos parecidos a los de un vampiro. Perfectamente afilados a pesar de ser humano.

Me agacho junto a Mala y Maya. Mi lengua se junta con las de ellas. Con la mano, lo pajeo. Él gruñe. Nos observa con el cuerpo tenso. Lo está disfrutando. Normal, tiene a tres mujeres haciéndole una rica mamada a la vez.

Para encenderlo, enredo mi lengua con la de Maya y Mala. Elevo levemente la cabeza y las beso, teniendo la punta de la polla en medio del beso. La saliva de las tres se escurre por el falo y acaricio los testículos con la lubricación.

Entre Jadeos, Ethan se va resbalando por la pared hasta que se sienta en el suelo.

Levanta mi cabeza con un fuerte tirón de pelo y me sienta sobre su regazo. Obliga a las chicas a apartarse de su miembro. Levanta mi falda, ladea mis bragas y abre mis labios vaginales. A sus órdenes, llevo mis piernas abiertas. Observo a las que eran mis amigas.

—Ya saben lo que hacer, quiero sentir la lengua de las dos por mi coño. Ahora mismo. Quién hubiera dicho que os tendría solo para mí a las dos.

La respiración de ambas está agitada. A pesar de la situación, están excitadas y se nota. Se acercan. Mala aprieta mis muslos y hunde la lengua en mi hendidura. Gimoteo por la brusquedad y el ansia con la que lo hace. Maya friega mi clítoris con los dedos y luego se agacha, absorbiendo y pasando la lengua como una maldita experta.

Gimo. Echo la cabeza hacia atrás. Ethan me muerde el cuello y pasa ambas manos por debajo de mi camisa. Aprieta mis pechos, retuerce mis pezones.

¡Estoy en la maldita gloria!

—¿Te imaginabas el cuento así? —me susurra.

—No, esto es mucho mejor —gimoteo.

Lo veo alargar la mano y acciona un botón. Del techo del sótano empieza a caer agua, como de una enorme ducha se tratase. El agua se cuela por desagua enorme que hay al medio. Buena forma de limpiar la sangre si en algún momento se necesita.

El agua empapa mi ropa. Transparenta mi camisa que pronto es quitada por Ethan. Aprovecha la humedad para deslizar sus manos por todo mi cuerpo.

Me marca con las uñas, clava sus dientes en mi clavícula y lame hasta mi oreja.

Mi coño palpita. Se siente abierto cuando Mala, en su locura, mete tres dedos en mi interior. Salto, las observo disfrutar de mi coño y todavía me excito más.

Mis manos pasan por el pecho de Ethan, abro su camisa negra y dibujo la silueta de sus músculos con los dedos.

Sujeto el brazo de Mala y la muevo para que se siente sobre él. Ethan gruñe cuando la penetra. Mala se estremece al notar toda la grandeza en su interior.

Levanto la pistola y la dejo apoyada en la sien de Mala.

—Sácale un orgasmo a mi novio o aprieto el gatillo. —Solo estoy jugando, pero su mirada de reojo y su expresión de pánico cambia cuando empieza a moverse y el placer le arranca un gruñido de puro placer.

Ethan le sujeta de la cintura y empieza a moverla con más fuerza. Mala gimotea. Me agacho y paso la lengua por su clítoris. Maya se incluye metiendo sus dedos por el ano de Mala. El agua facilita que todo se resbale bien y sea fácil abrirla a nuestro antojo.

Empieza a saltar desbocada. Sus pechos van a su son y son absorbido por la boca de Ethan.

Su squirt no es suficiente para complacernos. La aparto y dejo que los dedos de Ethan sigan torturándola cuando su miembro entra en Maya. Ella bufa y echa el cuerpo hacia atrás. Apoya las manos en las piernas de Ethan. Se ve hermosa mojada con el agua. Paso la lengua por sus pechos y muerdo sus pezones.

Con chupones llego a su intimidad donde no solo chupo. Aprieto su coño para que dos de mis dedos la abran junto al miembro de Ethan. Maya grita. Levanto la mirada, Ethan me mira apretando los dientes entre sí. Gruñe por el placer y la locura del momento.

Pero aguanta, no se corre. Sé que está esperándome a mí.

El orgasmo de Maya llega antes de lo esperado. Ethan la empuja a un lado y me coloca en su lugar. Jadea cerca de mi boca, yo igual. Ahogo un quejido entre sus labios y lo empujo del pecho. Cuando se acuesta, Maya y Mala buscan su placer. Lo empiezan a besar y lamer por el cuello mientras él disfruta del interior del coño de cada una con los dedos.

Ambas mueven la cintura, para follarse mejor sus manos. Entorno los ojos, esto es demasiado excitante y más con el agua cayendo sobre nosotros. Araño su pecho. Gimotea y me premia con otra sonrisa.

Me lo follo con brusquedad, con fuerza, con pasión. Mi interior lo abraza y siento lo grueso y duro que está. Tanto, que mis paredes pueden sentir el ancho y el relieve de sus venas.

—Ven —ordena. Me inclino sobre él y rozo su nariz con la mía. Hace un pequeño movimiento, mostrándome los dos cuchillos con los que las desvestimos, al lado de su cabeza—. Están a punto de llegar al orgasmo.

Lo entiendo a la primera. No sé por qué me da tanta satisfacción.

Tomo los cuchillos y cuando las escucho gritar del éxtasis les corto el cuello.

Es fácil cortar con ambas manos. La sangre de las dos salpica y nos empapa junto al agua.

Convulsionan a nuestro alrededor. Ethan se ríe a carcajadas. Yo le sigo. Me acuesta en el suelo y mientras la sangre se mezcla con el agua y, de agonizan pasan a morirse, él sigue follándome con fuerza, intensidad. Resbala las manos por mi cuerpo y me empapa la piel de rojo. Abrazo su cintura con las piernas y gimo.

Yo también estoy a punto. Es tan tremendamente erótica para mí esta escena dantesca. Observo el cadáver de Mala observándonos. Eso, míranos, puta. Date cuenta de lo que has conseguido por menospreciar a la gente.

Mi risa psicópata se junta con la de Ethan. Vuelve a besarme. Araño su espalda y me encorvo. Cuando llega el orgasmo, no se detiene. Gimo entre sus labios y él bufa. Me llena con su semen y busca que me corra de nuevo. Supongo que soy el cerdito que se salva en el cuento.

Aprieta la cadera, lleva su falo al final, abro los ojos con sorpresa. No imaginé que un placer así fuera posible. Gimoteo y con un estremecimiento, me viene el mayor orgasmo de la vida. Él gime, yo igual. Lame mis labios.

—Ethan, ¿tú me quieres? —Me observa. No responde hasta que un dolor punzante y desgarrador me atraviesa el pecho.

—Sí que te quiero —confiesa, rodando el cuchillo en mi interior, para provocarme la muerte —. Pero erraste al romantizar a un asesino.

—Pero… —La sangre se resbala por mi boca y me empapa el mentón—. Yo creí, que querías que me salvara.

—Quería, mi amor. Pero, hay un pequeño detalle que no te dije. Disfruto más matándote, que amándote por el resto de mi vida.

—Creí que el final de este cuento podía ser diferente. —Clava más el cuchillo. Ya no puedo hablar. La sangre me está ahogando.

—Y lo es, en ninguno ganaba yo. —Saca el cuchillo y me deja caer del todo. Me acaricia el rostro. ¡No puedo respirar, duele! —. Lo siento cariño, es que me quedan muchos cuentos por contar. En muchos sale el Lobo feroz, pero te llevaré siempre conmigo. Porque te amo.

Me quita el collar con la cruz y se lo pone. Se inclina y besa con suavidad mis labios.

—No dejaré que sufras más —susurra—. Te amo demasiado para hacerlo.

Lleva la pistola a mi sien y la carga. Cierro los ojos.

Epílogo.

El policía llegó lo más rápido que pudo a la casa. En la entrada de ésta, observó el cuerpo sin vida de su hijo el cual llevaba un avanzado estado de descomposición.

—¡Ethan, Ethan! —se agachó al lado del cadáver y sollozó, sin explicarse cómo pudo llamarlo por teléfono, si había muerto.

El cadáver fue encontrado junto a otros tres recién asesinados y otros que llevaban meses en unos barriles. Junto a las jóvenes asesinadas, reposaba una tapa del libro de Los tres cerditos donde con sangre de una de ellas, escribió un “colorín colorado” junto a un corazón.

Los coches patrulla y las ambulancias se agolparon en la casa. El levantamiento de los cuerpos fue rápido. Algunos viandantes pudieron observar la llegada de éstos al forense, debido a lo mediático del caso.

Fueron revisados los papeles de arrendamiento de las jóvenes hacia la propiedad a nombre del hijo del policía, pero el cadáver de Ethan Garret fue asesinado semanas antes de la firma de alquiler, según estudios forenses.

—¿Puede explicarnos por qué la policía todavía no ha podido dar con el Lobo? —le pregunta una periodista al padre de Ethan—. ¿No cree que sea una burla que haya atacado y suplantado la identidad del hijo de un policía?

Mientras da explicaciones, escucha el silbido que provocan mis labios. Entono una canción infantil. La de los tres cerditos. Cuando se voltea, me he perdido entre la multitud.

Subo al coche y beso la cruz que reposa en mi cuello antes de arrancar. Britney Spears con la canción “Criminal” suena en la radio. Tan perfecta en un momento así. Subo el volumen y observo de reojo una maleta abierta en el asiento del copiloto. En ella, hay un montón de cuentos de bolsillo donde aparece el Lobo feroz.

Listos, para ser interpretados por mí una vez más.

¿Quién teme al lobo feroz? Al lobo, al lobo.

Sobre el autor

Jana V.Moreno es una autora nacida en Valencia (España).
Es una escritora polifacética que ama la comedia romántica y el dark romance a partes iguales. Su pluma es ligera y fácil de leer. Siempre mezcla el romance en sus tramas, aunque puedes encontrar cualquier género en su repertorio de libros. Adora los personajes de moralidad gris y romper con estigmas o tabús establecidos. Como demuestra con los *retellings de cuentos eróticos* siendo cuentos cortos, de bolsillo, pero con alto contenido sexual.
También disfruta de un buen Thriller policiaco como demuestra con la saga *Los Marim* y la comedia romántica. Uno de sus libros de ese género llamado *¡Estás como una cabra!* fue ganador del premio Watty en el 2022 en Wattpad.
Soñadora, entusiasta y versátil, pretende seguir jugando con los géneros y las tramas románticas para que los lectores vuelvan a creer en el amor
y sientan el fuego en sus venas.

Redes sociales:

Instagram: @janav.moreno
Amazon: Jana V.Moreno
Wattpad: janaVMoreno
Facebook: Jana V.Moreno escritora
Threads: janav.moreno
Tiktok: @labelcedeloren